

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo 14-

Santiago y Pedro

PRESENTACIÓN

William Barclay dedica a las tres cartas que comenta en este volumen las introducciones más extensas y detalladas. En cuanto empezamos a leerlas nos damos cuenta de que es porque suscitan algunos problemas de autoría, lugar y tiempo a los que se han dado respuestas diversas. William Barclay, como en todas sus obras, se decanta por las explicaciones clásicas; pero no por mero tradicionalismo, sino después de cuidadoso estudio de los textos, de las circunstancias históricas y de los datos y las opiniones que nos han llegado de los primeros intérpretes de las Escrituras de la Iglesia Cristiana. Pero, eso sí: aunque William Barclay no nos deja en la menor duda en cuanto a cuál es su posición, presenta con cortesía académica las demás, dejando, como era siempre su costumbre, que el lector, debidamente informado, adopte su postura, aunque no coincida con la de Barclay.

Si cita frecuentemente a otros comentaristas, no es para hacer alarde de erudición, sino todo lo contrario: en su honradez no consentiría que se le atribuyeran como propias ideas y explicaciones que ha tomado prestadas de otros. Esa era la cualidad que William Barclay se reconocía por encima de ninguna otra: la de ser un mero transmisor de los hallazgos de las ciencias bíblicas, que rara vez llegan a los cristianos de a pie, que fue a los que *nos* dedicó casi todas sus obras. Lo mismo hace con los autores clásicos contemporáneos del *Nuevo Testamento*, imprescindibles para comprender las circunstancias y las ideas de sus autores y primeros lectores. Casi nunca da las referencias de sus citas; pero, cuando lo hace, es para dejar bien

claras las que son casi de dominio público aunque no se conocen textualmente, como es el caso de la opinión de Lutero sobre la Epístola *de Santiago*.

Tal vez no sea ya, afortunadamente, tan grave causa de separación entre católicos y protestantes la supuesta discrepancia entre Santiago y Pablo acerca de la justificación por la fe o por las obras; pero su recta comprensión sigue siendo un desafío para todos los cristianos, y Barclay nos plantea la cuestión con su característica claridad, haciéndonos ver que, Santiago no se oponía al verdadero Pablo, y que Santiago y Pablo están totalmente de acuerdo en que la fe viva siempre produce obras, y ambos condenan por igual la fe muerta.

William Barclay hace comprensibles y actuales las Escrituras y presenta el mensaje del Evangelio para nosotros y para nuestro tiempo. De ahí que sus referencias no sean sólo al pasado, sino a nuestras circunstancias, necesidades y luchas actuales, en las que podemos aplicar los mismos principios que nos dejaron el Señor Jesucristo y Sus primeros testigos. Aprovecha la aparición de los grandes temas en el pasaje que comenta para darnos un verdadero estudio bíblico, como hace con el nuevo nacimiento, la Segunda Venida, la importancia de los ancianos en la Iglesia Primitiva y en el mundo antiguo, las diversas formas de predicación en el judaísmo y el helenismo, y tantos otros temas importantes.

Pero el propósito principal de Barclay, como deja bien claro en todas sus obras, es dar testimonio de que Jesucristo no es el personaje de un libro, que vivió y murió hace mucho tiempo, sino Alguien Que está presente; y que no hay mejor manera de emplear la vida que en «conocer a Jesucristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente,» como decía un hombre de Dios inglés del siglo XIII al que William Barclay cita en las introducciones a sus libros.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN A LA CARTA DE SANTIAGO

Santiago es uno de los libros que tuvieron dificultades para entrar en el Nuevo Testamento. Hasta después de reconocerse como parte de la Sagrada Escritura se seguía tratando con reserva y suspicacia; y, hasta en el siglo XVI, Lutero lo habría excluido con gusto del Nuevo Testamento.

LAS DUDAS DE LOS PADRES

En la parte de la Iglesia que usaba el latín no aparecen citas de *Santiago* hasta mediado el siglo IV en los escritos de los padres. La primera lista de los libros del Nuevo Testamento que se trazó fue el llamado *Canon de Muratori*,¹ fechada alrededor del año 170 d.C., y en él no figura *Santiago*. Tertuliano escribía a mediados del siglo III, y citaba profusamente la Escritura; se encuentran en sus escritos 7,258 citas del Nuevo Testamento, pero ni una sola de ellas es de *Santiago*: La primera vez que se encuentra *Santiago* en la literatura cristiana en latín es en un manuscrito llamado *Códice carbeense*, que es de alrededor de 350 d.C.; que atribuye su autoría a Santiago hijo de Zebedeo; y lo incluye, no entre los libros indiscutibles y universalmente aceptados del Nuevo Testamento, sino entre otros tratados religiosos escritos por los antiguos padres. Así salió a la luz *Santiago*, pero no se aceptaba sin reservas. El primer escritor latino que lo cita es Hilario de Poitiers, en su obra *Sobre la Trinidad*; escrita hacia el año 357 d.C.

Entonces, si se tardó tanto en reconocer *Santiago* en la iglesia latina, y si, hasta después de reconocerlo, se miraba con cierto recelo, ¿cómo llegó a ser incluido en el Nuevo Testamento? Fue decisiva la influencia de Jerónimo, que no tuvo reparos en incluirlo en la Vulgata. Pero hasta entonces hay ciertas dudas. En su libro *Sobre hombres famosos*, escribía Jerónimo: «Santiago, al que se llama el hermano del Señor... no escribió más que una epístola, que es una de las siete epístolas católicas, y que algunos dicen que fue otro el que la publicó bajo el nombre de Santiago.» Jerónimo aceptaba plenamente esta carta como Escritura, pero percibía que había ciertas dudas en cuanto a su autoría: Esas dudas se disiparon definitivamente por el hecho de que Agustín aceptara *Santiago* sin reservas; y no dudara de que el Santiago en cuestión fuera el hermano del Señor.

El reconocimiento de *Santiago* fue tardío en la iglesia latina; durante mucho tiempo se le colocaba una especie de signo de interrogación; pero, el que Jerónimo, lo incluyera: ea la Vulgata y Agustín lo aceptara sin reservas puso punto final a la cuestión, aunque después de no poca lucha..

LA IGLESIA: SMUACA:

Se habría~.supuesto que la iglesia siríaca habría .sido la primera en **aceptar** *Santiago*, si es verdad que se escribió en Palestina y que fue la obra del hermano del Señor; pero en la iglesia siríaca: hubo, las mismas oscilaciones. La Biblia oficial de la iglesia siríaca se llama la Pesitta, que quiere decir «la simple»; como en latín «vulgata». La tradujo Rábbula, obispo de Edesa, hacia el año 412, y fue entonces cuando se tradujo por, primera vez *Santiago* al siríaco. Y hasta el año 451 no hay rastro de *Santiago* en la literatura cristiana siríaca. Desde entonces se aceptó *Santiago* ampliamente; pero en 545 d.C. Pablo de Nisibis todavía ponía en duda su derecho a formar parte del Nuevo Testamento. De hecho, no fue sino hacia

mediados del siglo VIII cuando la gran autoridad de Juan Damasceno hizo por *Santiago* en la iglesia siríaca lo que había hecho Agustín en la latina.

LA IGLESIA GRIEGA

Aunque *Santiago* surgió antes en la iglesia griega que en la latina o siríaca, no obstante fue también bastante tarde. El primero en citarlo por nombre fue Orígenes, el cabeza de la escuela de Antioquía. Escribiendo a mediados del siglo III dice: « Si la fe se llama fe, pero existe aisladamente de las obras, tal fe está muerta, como leemos en la carta que se atribuye a Santiago.» Es verdad que en otras obras la cita como si no tuviera duda que fuera de Santiago, el hermano del Señor; pero otra vez aparece la sombra de la duda. Eusebio, el gran maestro de Cesarea, investigó la posición de los diferentes libros del Nuevo Testamento y sus aledaños a mediados del siglo IV. Coloca *Santiago* entre los libros «disputados»; y escribe: « La primera de las epístolas llamadas católicas se dice que es suya (de Santiago); pero debe tenerse en cuenta que algunos la consideran espuria; y no cabe duda que es cierto que son pocos los escritores antiguos que la citan.» De nuevo la sombra de la duda. Eusebio mismo aceptaba *Santiago*, pero se daba cuenta de que había otros que no. El momento decisivo en la iglesia de habla griega llegó el 367 d.C., cuando Atanasio publicó su famosa Carta *de Pascua de Resurrección* en Egipto. Su intención era informar a los cristianos de qué libros eran Sagrada Escritura y cuáles no, porque parece que había muchos que se leían y se consideraban Sagrada Escritura sin serlo. En esa carta se incluye *Santiago* sin reservas, y desde entonces su posición quedó asegurada.

Así que en la Iglesia Primitiva no se ponía en duda el valor de *Santiago*; pero apareció tardíamente en todas las ramas de la Iglesia, y tuvo que pasar un tiempo en que se discutía su derecho a formar parte del Nuevo Testamento.

De hecho, la historia de *Santiago* tiene que verse todavía en relación con la Iglesia Católica Romana. En 1546, El Concilio de Trento estableció de una vez para siempre la composición de la biblia católica. Se dio una lista de libros a la que no se podía añadir ni sustraer ninguno, y que había que leer exclusivamente en la Vulgata. Los libros aparecían en dos categorías: los *protocanónicos*, es decir, los que se han aceptado incondicionalmente desde el principio; y los *deuterocanónicos*, es decir, los que gradualmente se ganaron la inclusión en la biblia católica. Aunque la Iglesia Católica Romana nunca tuvo dudas acerca de *Santiago*, sin embargo lo puso en la segunda categoría.

LUTERO Y SANTIAGO

En nuestro tiempo es cierto que *Santiago*, por lo menos para la mayoría, no está entre los libros más importantes del Nuevo Testamento. Pocos le atribuirían la misma autoridad que a *Juan*, o *Romanos*, o *Lucas*, o *Gálatas*. Todavía hay muchos que tienen reservas en relación con *Santiago*. ¿Por qué? No puede tener nada que ver con las dudas de la Iglesia Primitiva, porque no son muchos los que conocen esas cuestiones históricas en las iglesias evangélicas modernas. La razón parece ser la siguiente: en la Iglesia Católica Romana, la posición de *Santiago* se zanjó definitivamente con el edicto del Concilio de Trento; pero en el Protestantismo su historia siguió siendo turbulenta, y hasta más que eso, porque Lutero lo atacó y lo habría excluido del Nuevo Testamento. En su edición del Nuevo Testamento en alemán, Lutero puso un índice en el que se asignaba un número a los libros principales. Al final de la lista estaban *Santiago*, *Judas*, *Hebreos* y *Apocalipsis*, sin número, por considerarlos secundarios.

Lutero fue especialmente severo con *Santiago*, y el juicio adverso de un gran hombre puede ser como colgarle al libro una piedra de molino de la que ya no se libre nunca. En el

último párrafo de su *Prefacio al Nuevo Testamento* es donde se encuentra el famoso veredicto de Lutero sobre *Santiago*:

En resumen: El evangelio y la primera epístola de san Juan, las epístolas de san Pablo, especialmente Romanos, Gálatas y Efesios, y la primera epístola de Pedro son los libros que os presentan a Cristo. Os enseñan todo lo que necesitáis saber para vuestra salvación, aunque no vierais u oyerais -ningún otro libro o enseñanza. En comparación con estos, la epístola de Santiago es una epístola llena de paja, porque no contiene nada evangélico. Más sobre este asunto en otros prefacios.

Cumpliendo su palabra, Lutero desarrolló este veredicto en el *Prefacio a las Epístolas de Santiago y san Judas*. Empieza diciendo: «Tengo en alta estima la epístola de *Santiago*, y la considero muy valiosa, aunque fue rechazada en los primeros días. No desarrolla doctrinas humanas; sino hace mucho hincapié en la ley de Dios. Sin embargo, para dar mi parecer sin prejuicios contra lo que pueda opinar otro, yo no la considero apostólica.» -Y a continuación pasa a dar sus razones para rechazarla.

La primera es que, en oposición a Pablo y al **resto** de la Biblia, *Santiago* atribuye la justificación a las obras, citando equivocadamente a Abraham como si hubiera sido justificado por medio de ellas. Esto ya prueba que la epístola no puede tener un origen -apostólico.

La segunda es que ni una sola vez da a los cristianos ninguna instrucción ni hace ninguna referencia a la Pasión, Resurrección o Espíritu de Cristo. No le menciona más que dos veces. De ahí pasa Lutero -a exponer su principio para probar la apostolicidad de un libro: «La verdadera piedra de toque para probar cualquier libro es descubrir si hace hincapié en la soberanía de Cristo o no... Lo que no enseña acerca de Cristo no es apostólico, aunque lo hayan escrito Pedro o Pablo. Por otra parte, lo que presenta a Cristo es apostólico, aunque lo haya

dicho Judas, Anás, Pilata ó Herodes.» En ese examen *Santiago* no obtiene el aprobado; así es que Lutero prosigue: < La epístola de *Santiago* no hace más que guiarnos a la ley y a sus obras. Mezcla una cosa con otra hasta tal punto que me hace sospechar que algún hombre bueno y piadoso compiló unas cuantas cosas que dijeron los discípulos de los apóstoles, y las puso por escrito; o tal vez esta. epístola la escribió con notas que había tomado de un sermón de Santiago. Llama a la ley «ley de la libertad» (*Santiago 1:25; 2:12*), aunque san Pablo la llama «ley de esclavitud, ira, muerte y pecado» (*Gálatas 3:23s; Romanos 4:15; 7:10s*).

Así es que Lutero llega a la siguiente conclusión: «En resumen: *Santiago* quiere hacer que se esté en guardia contra los que dependen de la fe sin pasar a las obras; pero no tiene ni el espíritu ni el pensamiento ni la elocuencia que requeriría tal empresa. Hace violencia a la Escritura, y así contradice a Pablo y toda la Escritura. Trata de conseguir haciendo hincapié en la ley lo que los apóstoles logran atrayendo a las personas al amor. Por tanto, no le concedo un puesto entre los escritores del verdadero canon de la Biblia; pero no me opongo a que otro lo coloque o eleva hasta donde guste, porque la epístola contiene muchos pasajes excelentes. Una persona aislada- no cuenta ni siquiera a los ojos del mundo; ¿cómo va a contar este escritor único y aislado frente a Pablo y todo el resto de la Biblia?» . .

Lutero no tiene compasión de *Santiago*; y puede que, cuando hayamos estudiado esta carta, pensemos que, por una vez, Lutero dejó que el prejuicio personal afectara el sano juicio. .

Tal fue la historia turbulenta de *Santiago*. Ahora debemos tratar, de contestar las cuestiones que plantea en relación con el autor y la fecha.

LA IDENTIDAD DE SANTIAGO

El autor de esta carta no nos da prácticamente ninguna información acerca de sí mismo. Se llama a sí mismo sencillamente < Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo » (*Santiago 1:1*). ¿Quién era? En el Nuevo Testamento parece que hay por lo menos cinco personas con ese nombre.

(i) Está el Santiago que era el padre del miembro de los Doce que se llamaba Judas, no el Iscariote (*Lucas 6:16*). De ese no sabemos más que el nombre, y no puede haber tenido ninguna relación con esta carta.

(ii) Está el Santiago hijo de Alfeo, que era uno de los doce (*Mateo 10:3; Marcos 3:18, Lucas 6:15; Hechos 1:13*). -La comparación de *Mateo 9:9* con *Marcos 2:14* nos lleva a la conclusión de que Mateo y Leví eran la misma persona. De Leví también leemos que era hijo de Alfeo, así es que Mateo y este Santiago deben de ser hermanos. Pero de Santiago hijo de Alfeo no sabemos nada más; así es que tampoco sería este el autor de nuestra carta.

(iii) Está el Santiago que se llama *Santiago el Menor*, y que se menciona en *Marcos 15:40* (cp. *Mateo 27:56; Juan 19:25*). Tampoco de este sabemos nada más, así es que no debe de ser el autor de esta carta.

(iv) Está el Santiago, hermano de Juan e hijo de Zebedeo, miembro de los Doce (*Mateo 10:2; Marcos 3:17; Lucas 6:14; Hechos 1:13*). En la historia evangélica nunca se menciona a Santiago independientemente de su hermano Juan (*Mateo 4:21; 17:1; Marcos 1:19, 29; 5:37; 9:2; 10:35, 41; 13:3; 14:33; Lucas 5:10; 8:51; 9:28, 54*). Fue el primero de la compañía de los apóstoles que sufrió el martirio, porque fue decapitado por orden de Herodes Agripa 1 el año 44 d.C. Se le ha relacionado con la carta. El *Códice latino corbeienense* del siglo IV, al final de la epístola tiene una nota en la que la adscribe claramente a Santiago hijo de Zebedeo. El único lugar en el que se tomó en serio esta adscripción de autoría fue la

iglesia española, que le siguió considerando el autor hasta el fin del siglo XVII. Esto fue debido al hecho de que Santiago de Compostela, el santo patrón de la católica España, se identificaba con Santiago hijo de Zebedeo; y era natural que la iglesia española estuviera predispuesta a querer que el patrón de su país fuera el autor de un libro del Nuevo Testamento. Pero el martirio de Santiago se produjo demasiado pronto para que tuviera tiempo de escribir la carta, y además no hay más alusión que la del *Códice corbeicense* que le relacione con ella.

(v) Por último, está el Santiago al que se llama hermano de Jesús. Aunque la primera vez que se establece una conexión entre él y la carta no surge hasta Orígenes, en la primera mitad del siglo III, esta es la hipótesis que se mantiene tradicionalmente. La Iglesia Católica Romana está de acuerdo con ella, porque en 1546 el Concilio de Trento estableció que *Santiago* es un libro canónico y fue escrito por un apóstol.

Vamos a reunir la evidencia acerca de este Santiago. Por el Nuevo Testamento sabemos que era uno de los hermanos de Jesús (*Marcos 6:3; Mateo 13:55*). Más adelante discutiremos en qué sentido se ha de tomar la palabra *hermano*. Durante el ministerio de Jesús está claro que su familia no le comprendía ni simpatizaba con Él, y habría querido impedirle que cumpliera Su obra (*Mateo 12:46-50; Marcos 3:21, 31-35; Juan 7:3-9*). *Juan* dice claramente que «Sus hermanos no creían en Él» (*Juan 7:5*). Así que, durante el ministerio terrenal de Jesús, Santiago era uno de Sus opositores.

Con *Hechos* se presenta un cambio repentino e inexplicado. Cuando empieza *Hechos*, la Madre y los hermanos de Jesús forman parte del pequeño grupo de cristianos (*Hechos 1:14*). Desde entonces, está claro que Santiago ha llegado a ser el líder de la iglesia de Jerusalén, aunque no se nos explica cómo se produjo esa situación. Es a Santiago a quien Pedro manda la noticia de que está fuera de la cárcel (*Hechos 12:17*). Santiago preside el concilio de Jerusalén que abrió las puertas de la Iglesia Cristiana a los creyentes gentiles (*Hechos 15*). Fue con Santiago y Pedro con los que se reunió Pablo cuando fue por

primera vez a Jerusalén después de su conversión; y fue con Santiago, Pedro y Juan, las columnas de la Iglesia, con los que Pablo decidió la esfera de su trabajo (*Gálatas 1:19; 2:9*). Fue a Santiago a quien se dirigió Pablo con la colecta de las iglesias gentiles en su visita a Jerusalén que habría de ser la última y que habría de conducir a su detención y envío a Roma para ser juzgado por el César (*Hechos 21:18-25*). Este último episodio es importante, porque nos presenta a Santiago en tal simpatía con los judíos cristianos que todavía cumplían la ley judía, y tan interesado en que los escrúpulos de estos no se exacerbaban, que convenció a Pablo para que diera muestras de su lealtad a la ley asumiendo responsabilidad por los gastos de algunos cristianos judíos que estaban cumpliendo el voto de los nazareos.

Como se ve, está claro que Santiago era el líder de la iglesia de Jerusalén. Como sería de esperar, eso era algo que la tradición desarrollaría considerablemente. Hegesipo, el historiador temprano, dice que Santiago fue el primer obispo de la iglesia de Jerusalén. Clemente de Alejandría añade que le escogieron para ese ministerio Pedro y Juan. Jerónimo, en su libro *Sobre hombres famosos*, dice: «Inmediatamente después de la pasión del Señor, los apóstoles consagraron a Santiago como obispo de Jerusalén... cuya iglesia gobernó durante treinta años, es decir, hasta el año séptimo del reinado de Nerón.» Las *Recognitiones clementinae* dan el último paso del desarrollo de la leyenda al decir que Santiago fue ordenado obispo de Jerusalén nada menos que por el mismo Jesús. Clemente de Alejandría refiere una extraña tradición que aplica al principio de la Iglesia lo que decían los judíos sobre la Torá (*Dichos de los padres*, de la *Mishná*): «El Señor impartió conocimiento después de la Resurrección a Santiago el Justo, a Pedro y a Juan; ellos se lo transmitieron a los demás apóstoles, y estos a los setenta.» El desarrollo posterior no hay por qué aceptarlo; pero queda el hecho escueto de que Santiago fue el cabeza indiscutible de la iglesia de Jerusalén.

SANTIAGO Y JESÚS

Tal cambio debe tener alguna explicación. Bien puede ser que la tengamos en una frase del Nuevo Testamento. En la primera lista de las apariciones del Señor Resucitado, que es la que escribió Pablo, encontramos estas palabras: < Después Le vio Santiago» (1 *Corintios* 15:7). A esto puede ser que se hiciera referencia en el *Evangelio según los hebreos*, que fue uno de los primeros evangelios, que no se incluyó en el Nuevo Testamento pero que, a juzgar por los fragmentos que se conservan, tenía un valor indudable. Jerónimo nos transmite el siguiente pasaje:

Ahora bien: el Señor, después de darle el paño de lino al siervo del sumo sacerdote, Se dirigió a Santiago y se le apareció. (Parque Santiago había jurado que -no tomaría alimento desde el momento en que tomó la copa del Señor hasta que Le viera resucitado de entre los que duermen). Y después de un poquito, dijo el Señor: «Poned la mesa y traed pan.» E inmediatamente después se añade que «tomó el pan, y lo bendijo, y lo partió, y se lo dio a Santiago el Justo mientras le decía: «Hermano, come tu pan; porque el Hijo del Hombre ha resucitado de entre los que duermen.»

Ese pasaje no carece de dificultades. Al principio parece querer decir que Jesús, después de resucitar y de salir de la tumba, entregó el sudario de lino con el que había sido sepultado al siervo del sumo sacerdote, y fue a reunirse con Su hermano Santiago. También parece implicarse que Santiago estuvo presente en la última Cena. Pero, aunque el pasaje está confuso, una cosa sí está clara: Algo acerca de Jesús en Sus últimos días u horas en la Tierra había impactado el corazón de Santiago de tal manera que este había jurado no probar bocado hasta que Jesús resucitara; así que Jesús volvió a él, y le dio la seguridad que esperaba. Que hubo un encuentro entre

el Señor Resucitado y Santiago es indudable. Los detalles, tal vez no los sabremos nunca: Pero, sí sabemos que a partir de ese momento Santiago, que había estado tan en contra de Jesús, fue Su servidor durante todo el resto de su vida, y Su mártir en el momento de su muerte.

SANTIAGO, MÁRTIR DE CRISTO

Que Santiago murió mártir es una afirmación consecuente en la tradición antigua. Los relatos presentan variantes en las circunstancias y en los detalles, pero coinciden en que acabó su vida como mártir de Cristo. El relato de Josefo es muy breve (*Antigüedades* 20:9.1):

Así es que Anano, como era esa clase de hombre y creía que se le ofrecía una buena oportunidad después de la muerte de Festo y antes de la llegada de Albino, convocó un consejo judicial, le presentó al hermano del Jesús al que llamaban el Cristo, que se llamaba Santiago, y a algunos otros, acusándolos de violar la ley, y los entregó para que los lapidaran.

Anano era el sumo sacerdote judío; Festo y Albino eran los procuradores de Palestina, en el puesto que había ostentado Pilato. El detalle de la historia es que Anano aprovechó el interregno entre la muerte de uno y la llegada de su sucesor para eliminar a Santiago y a otros líderes de la Iglesia Cristiana. Esto coincide perfectamente con el carácter de Anano por lo que sabemos de él; y supondría que el martirio de Santiago tuvo lugar en el año 62 d.C.

Hegesipo nos dejó en su historia un relato mucho más extenso. La obra de Hegesipo se ha perdido, pero Eusebio nos ha conservado su relato de la muerte de Santiago en su totalidad (*Historia Eclesiástica* 2:23). Es largo; pero de tal interés que debe citarse completo.

Jacobo, el hermano del Señor, es el sucesor, con los apóstoles, del gobierno de la iglesia. A éste todos le llaman «Justo» -ya desde el tiempo del Señor y hasta nosotros, porque muchos se llamaban Jacobo.

No obstante, sólo él fue santo desde el vientre de su madre; no bebió vino ni bebida fermentada; ni tocó carne; no pasó navaja alguna sobre su cabeza ni fue ungido con aceite; y tampoco usó del baño.

Sólo él tenía permitido introducirse en el santuario, porque su atuendo no era de lana, sino de lino. Asimismo, únicamente él entraba en el templo, donde se hallaba arrodillado y rogando por el perdón de su pueblo, de manera que se encallecían sus rodillas como las de un camello, porque siempre estaba prosternado sobre sus rodillas humillándose ante Dios y rogando por el perdón de su pueblo.

Por la exageración de su justicia le llamaban «Justo» y «Oblías», que en griego significa protección del pueblo y justicia, del mismo modo que los profetas dan a entender acerca de él.

Algunas de las siete sectas del pueblo, las que ya mencioné antes (en las Memorias), procuraban aprender de él acerca de la puerta' de Jesús, y él les decía que se trataba del Salvador. Unos cuantos de ellos creyeron que Jesús era el Cristo. Pero las sectas, a las que hemos aludido; no creyeron en la resurrección ni en su inminente regreso para pagar a cada uno según sus obras; no obstante, todos los que creyeron lo hicieron por medio de Jacobo:

Muchos fueron los convertidos, incluso entre los principales; y por ello hubo alboroto entre los judíos, los escribas y los fariseos, y decían que el pueblo peligrosamente aguardaba al Cristo. Reuniéndose entonces ante Jacobo

1 La palabra puerta usada aquí por Eusebio significa el medio cristiano de acceso a Dios por Jesucristo.

le decían: «Te lo rogamos: sujeta al pueblo, pues se encuentran engañados acerca de Jesús y creen que él es el Cristo. Te rogamos que aconsejes, acerca de Jesús, a cuantos acudan el día de la Pascua, pues todos te obedecemos. Porque nosotros y todo el pueblo damos testimonio de que tú eres justo y no haces acepción de personas. Así pues, persuade a la multitud para que no yerre acerca de Cristo. Pues todo el pueblo y nosotros te obedecemos. Mantente en pie sobre el pináculo del templo, para .que desde esa altura todo el pueblo te vea y oiga tus palabras. Ya que por la Pascua se unen todas las tribus, incluyendo a los gentiles.»

De este modo los aludidos escribas y fariseos colocaron a Jacobo sobre el pináculo del templo, y estallaron a gritos diciendo: «¡Tú, el Justo!, al que todos nosotros debemos obedecer, explícanos cuál es la puerta de Jesús, pues todo el pueblo está engañado, siguiendo a Jesús el Crucificado. »

Entonces él contestó con voz potente: «¿Por qué me interrogáis acerca del Hijo del Hombre? ¡El está sentado a la diestra del gran Poder, y pronto vendrá sobre las nubes del cielo!»

Y muchos creyeron de corazón y, por el testimonio de Jacobo, alabaron diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!»; pero entonces de nuevo los mismos escribas y fariseos comentaban: «Hemos actuado erróneamente al procurar un testimonio tan grande en contra de Jesús, pero subamos y arrojemos a éste, para que se confundan y no crean en él.»

Así, gritaban diciendo: «¡Oh l, ¡oh!, también el Justo anda en error, » y con este acto cumplieron la escritura en Isaías: «(Saquemos al Justo, porque nos es embarazoso.) Entonces comerán los frutos de sus obras.»'

Entonces subieron y lanzaron abajo al Justo. Luego co-

z Isaías 3:10

mentaban: «Apedreemos a Jacobo el Justo, » y empezaron a apedrearlo, pues no había muerto al ser arrojado. Pero él, volviéndose, hincó las rodillas diciendo: «Señor, Dios Padre, te lo suplico: perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Mientras lo apedreaban, un sacerdote de los hijos de Recab, hijo de Recabín, de los que el profeta Jeremías dio testimonio, rompió a gritar diciendo: «¡Deteneos!, ¿qué hacéis? El Justo pide por nosotros.»

Y cierto hombre entre ellos, un batanero; golpeó al Justo en la cabeza con el mazo que usaba para batir las prendas, y de este modo fue martirizado Jacobo. Y allí le enterraron al lado del templo, y su columna todavía permanece cerca del templo. Fue un testigo verdadero para los judíos y griegos de que Jesús es el Cristo: E inmediatamente Vespasiano asedió Jerusalén. »

(Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, 2. 23. Texto y notas de la edición CLIE, 1988).

EL HERMANO DEL SEÑOR

Hay otra cuestión acerca de la personalidad de Santiago que debemos tratar de resolver. En *Gálatas 1:19* Pablo habla de él como *el hermano del Señor*. En *Mateo 13:55* y en *Marcos 6:3* se menciona a un Santiago (R-V: Jacobo) entre los hermanos de Jesús; y en *Hechos 1:14*, aunque no se dan los nombres, se dice que los hermanos de Jesús estaban entre los primeros cristianos en la iglesia de Jerusalén. Hemos de plantear la cuestión de lo que quiere decir aquí la palabra *hermano*, porque la Iglesia Católica Romana le da una gran importancia a la respuesta que se dé. Desde los tiempos de Jerónimo ha habido en la Iglesia mucha discusión sobre esta cuestión. Hay tres teorías en relación con el parentesco de estos «hermanos» de Jesús que vamos a considerar una tras otra.

LA TEORÍA JERONIMIANA

Recibe su nombre del de Jerónimo, el traductor de la Vulgata latina. Fue él el que desarrolló la teoría de que los «hermanos» de Jesús eran en realidad Sus *primos*; y *es* lo que se cree en la Iglesia Católica Romana, que lo tiene como artículo de fe. La expuso Jerónimo en el año 383 d:C., y captaremos mejor su complicado razonamiento si lo vamos siguiendo en una serie de pasos.

(i) Santiago el hermano del Señor se incluye entre los apóstoles. Pablo escribe refiriéndose a él: «Pero no vi a ninguno de los demás apóstoles salvo a Santiago el hermano del Señor» (*Gálatas 1:19*).

(ii) Jerónimo insiste en que el título de *apóstol* se usaba sólo con los Doce. En tal caso debemos buscar a Santiago entre ellos. No puede ser el mismo que el hermano de Juan e hijo de Zebedeo porque, entre otras razones, ya había sufrido el martirio cuando se le menciona en *Gálatas 1:19* y en *Hechos 12:2*. Por tanto, habrá que identificarle con el otro Santiago que formaba parte de los Doce, Santiago hijo de Alfeo.

(iii) Jerónimo pasa a hacer otra identificación. En *Marcos 6:3* leemos: «¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago y de José?» Y en *Marcos 15:40* encontramos al pie de la Cruz a María, la madre de Santiago el Menor y de José. Como Santiago el Menor es hermano de Joaé e hijo de María debe de ser la misma persona que el Santiago de *Marcos 6:3* que es el hermano del Señor. Por tanto, según Jerónimo, Santiago el hermano del Señor, Santiago hijo de Alfeo y Santiago el Menor son la misma persona en relación con otras tantas.

(iv) Jerónimo basa el siguiente y final paso de su razonamiento en la deducción de la lista de mujeres que estaban al pie de la Cruz de Jesús. Vamos a considerar esa lista como nos la dan tres evangelistas.

En *Marcos 15:40* mcluy a María Magdalena, María la madre de Santiago y José, y ~Salomé.

En *Mateo 27:56* se menciona a María Magdalena; María la madre de Santiago el Menor y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

En *Juan 19:25* tenemos a la Madre de Jesús, la hermana de Su Madre, María la mujer de Cleofás y María Magdalena.

Analícemos ahora estas listas. En cada una de ellas se nombra a María Magdalena. Es segura la identificación de Salomé con la madre de los hijos de Zebedeo. Pero el verdadero problema es *cuántas mujeres hay en la lista de Juan*. Se puede leer de la manera siguiente:

- (i) La Madre de Jesús;
- (ii) La hermana de la Madre de Jesús;
- (iii) María, mujer de Cleofás;
- (iv) María Magdalena.

O se puede leer de esta otra manera:

- (i) La Madre de Jesús;
- (ii) La hermana de la Madre de Jesús, María, mujer de Cleofás; .
- (iii) María Magdalena:

Jerónimo insiste en que la segunda manera es la correcta; y por tanto la hermana de la~Madre de Jesús y María la mujer de Cleofás son la misma persona. En ese caso tiene que ser la misma que en las otras listas figura como la madre de Santiago y de José. El Santiago que es su hijo es el que~se conoce como Santiago el Menor, y como Santiago el hijo de Alfeo, y como Santiago el hermano del Señor. Esto quiere decir que Santiago es el hijo de la hermana de María, y por tanto primo de Jesús.

Hasta aquí el argumento de Jerónimo, al que se pueden oponer por lo menos cuatro objeciones.

(i) Una y otra vez se llama a Santiago *hermano* de Jesús; o se le, cuenta entre los *hermanos* de Jesús. La palabra que se usa en todos los casos es *adelfós*, que generalmente quiere decir

hermano. Es verdad que puede describir a personas que pertenecen a una cierta comunión, como hacemos corrientemente entre cristianos. Y también es verdad que se puede usar afectuosamente con una persona con la que nos une una gran intimidad personal. Pero cuando se usa dentro de la familia es, para decir lo menos, muy dudoso que quiera decir *primo*. Si Santiago era *primo* de Jesús, es muy poco probable, por no decir imposible, que se le conociera como el *adelfós* de Jesús.

(ii) Jerónimo se equivocó al suponer que el término *apóstol* sólo se les aplicaba a los Doce. Pablo era un apóstol (*Romanos 1:1; 1 Corintios i:l.; Gálatas 1:l*). Bernabé era un apóstol (*Hechos 14:14; 1 Corintios 9:6*). Silas también era apóstol (*Hechos 15:22*): Andrónica y Junias eran apóstoles (*Romanos 16:7*). Es imposible limitar el título de apóstol a los Doce; y si no hace falta buscar a Santiago el hermano del Señor entre los Doce, el argumento de Jerónimo se viene abajo.

(iii) A la vista de los hechos es mucho más--probable que *Juan -19:25* sea una lista de cuatro mujeres y no de tres; porque, si María de Cleofás fuera hermana de María la Madre de Jesús, habría dos hermanas con el mismo nombre, lo cual es sumamente improbable. .

(iv) Hay que recordar que la Iglesia no sabía nada de esta teoría hasta, el año 383 d.C. cuando Jerónimo la pergeñó..Y es absolutamente cierto que la propuso por la única razón de garantizar la doctrina de la virginidad perpetua de María. La teoría de que los llamados hermanos .de Jesús eran de hecho Sus primos tiene que .descartarse a la vista de los hechos. --

LA TEORÍA EPIFÁNICA

La segunda de las grandes teorías acerca del parentesco de Jesús con Sus < hermanos> propone que estos eran, de hecho, Sus «hermanastros» si acaso, hijos de José de un matrimonio anterior pero no de María, mientras que Jesús era hijo de María pero no de José. El nombre de esta teoría se deriva del de

Epifanio, que la propuso enfáticamente hacia el año 370 d.C. No fue él quien la diseñó. Ya existía desde bastante antes, y puede decirse que era la opinión más corriente en la Iglesia Primitiva.

En líneas generales ya aparece en un libro apócrifo llamado el *Libro de Santiago* o el *Protoevangelio*, que data de mediados del siglo II. Ese libro cuenta que había una pareja piadosa, Joaquín y Ana, cuyo único dolor era que no tenían hijos. Para su gran alegría, les nació en su ancianidad una niña, cosa que, al parecer, se consideró un nacimiento virginal. Llamaron a la niña María, la que habría de ser la Madre de Jesús. Joaquín y Ana consagraron a su hija al Señor; y, cuando llegó a los tres años de edad, la llevaron al templo y la dejaron allí a cargo de los sacerdotes. María creció en el templo; y, cuando llegó a la edad de doce años, los sacerdotes hicieron planes para casarla. Reunieron a los- viudos del pueblo, diciéndoles que trajera cada uno su bastón. Entre ellos vino José el carpintero. El sumo sacerdote recogió los bastones, y el de José fue el último. Con los demás no pasó nada, pero del de José salió volando una paloma que fue a posarse sobre su cabeza. De esta manera reveló Dios que José había de tomar a María por esposa. Al principio, José no estaba muy conforme. «Tengo hijos -dijo- y ya soy un anciano, mientras que ella es una joven; no quiero ser el hazmerreír de los hijos de Israel» (*Protoevangelio 9:1*). Pero, por último, la tomó por esposa en obediencia a la voluntad de Dios, y a su debido tiempo nació Jesús. El contenido del *Protoevangelio* es, por supuesto, legendario; pero es señal de que a mediados del siglo II ya existía la teoría que había de conocerse bajo el nombre de Epifanio.

No hay ninguna evidencia directa que apoye esta teoría, y todas las razones a su favor tienen un carácter indirecto.

(i) Se pregunta: ¿Habría confiado Jesús **Su Madre** al cuidado de Juan si ella hubiera tenido otros hijos además de Él? (Juan 19:26s). La respuesta sería que, o lo que sabemos, la familia de Jesús no simpatizaba con Él- lo más mínimo, y no habría tenido ningún sentido el confiársela.

(ii) Se objeta que el comportamiento de los, «hermanos» de Jesús para con Él parecía el de los hermanos mayores para con el menor entre ellos. Pusieron en duda Su sensatez, y quisieron *llevarsele a casa* (*Marcos 3:21, 31-35*); Le eran hostiles (Juan 7:1-5). Pero también podría entenderse que pensaban que estaba metiendo a la familia en líos, independientemente de Su edad o la de ellos.

(iii) Se da por supuesto que José tiene que haber tenido más edad que María porque desaparece totalmente de la historia evangélica, lo que hace suponer que ya habría muerto cuando empezó el ministerio público de Jesús. La Madre de Jesús estaba en las bodas de Caná de Galilea, pero no se menciona a José (Juan 2:1). A Jesús se Le llama, por lo menos a veces, el hijo de María, lo que hace suponer que José ya había muerto y María era viuda (*Marcos 6:3*; pero cp. *Mateo 13:55*). Por último, la permanencia de Jesús en Nazaret hasta la edad de treinta años (Lucas 3:23) se explica suponiendo que José había muerto, y Jesús quedó a cargo de una familia en la que había varios de menos edad que Él. Pero el hecho de que José fuera mayor que María (lo que no deja de ser una suposición, aun en el caso de que muriera mucho antes), no demuestra que no tuviera otros hijos de ella; y el hecho de que Jesús se quedara en Nazaret a cargo del taller de carpintero para mantener a Su familia parecería indicar mucho más naturalmente que Él era el hijo mayor, y no el más pequeño de todos.

A estos argumentos Lightfoot añade dos más de carácter general. El primero es que esta es la teoría de la tradición cristiana; y el segundo, que cualquier otra explicación sería «escandalosa para el sentimiento cristiano.» Pero lo básico de esta teoría procede del mismo origen que la teoría jeronimiana. Su intención es garantizar la virginidad perpetua de María, de la que no hay ni evidencia ni sugerencia en el Nuevo Testamento, y es la razón por la cual surgieron estas explicaciones posteriores.

LA TEORÍA HELVIDIANA

Así se llama la tercera teoría. Afirma sencillamente que los hermanos y hermanas de Jesús eran en realidad Sus hermanos y hermanas en el sentido más pleno de la palabra; que, para usar el término técnico, eran Sus hermanos uterinos. No se sabe nada del Helvidius de quien toma nombre esta teoría, excepto que escribió un tratado en su defensa, al que contestó Jerónimo con otro en el que la rebatía enfáticamente. ¿Qué se puede decir en su favor?

(i) Ninguna persona que leyera el Nuevo Testamento sin presuposiciones teológicas sacaría otra conclusión. A la vista de los hechos, la historia evangélica no da a entender que hubiera ningún misterio en el parentesco de los hermanos y hermanas de Jesús.

(ii) Los relatos de la Navidad, tanto en *Mateo* como en *Lucas*, dan por sentado que María tuvo otros hijos. *Mateo* escribe: «Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús» (*Mateo 1:24s, R- V*; la palabra primogénito falta en algunos manuscritos y traducciones): La implicación obvia es que José hizo vida marital normal con María después del nacimiento de Jesús. De hecho Tertuliano cita este pasaje para demostrar que tanto la virginidad como el matrimonio están santificados en Cristo por el hecho de que María fue primero virgen y luego esposa en el sentido pleno de la palabra. *Lucas*, escribiendo acerca del nacimiento de Jesús dice: « Y dio a luz a su hijo primogénito» (*Lucas 2:-7*). Al llamar a Jesús su hijo primogénito se indica claramente que tuvo otros hijos después:

(iii) Como ya hemos dicho, el hecho de que Jesús se quedara en Nazaret como carpintero hasta la edad de treinta años es por lo menos una indicación de que era el hijo mayor y tenía que asumir la responsabilidad del mantenimiento de la familia después de la muerte de José.

Creemos que los hermanos y hermanas de Jesús eran realmente Sus hermanos y hermanas. Cualquier otra teoría surge de un deseo de glorificar el ascetismo y de demostrar que María permaneció siempre virgen. Es indudablemente más hermoso creer en la santidad del hogar que creer en el celibato como un estado superior al matrimonio. Así pues, creemos que Santiago, al que llamaban el hermano del Señor, era en todos los sentidos Su hermano.

SANTIAGO, EL AUTOR DE ESTA CARTA

¿Podemos decir entonces que fue este Santiago- el autor de esta carta? Vamos a recoger la evidencia a favor de esta idea.

(i) Si es verdad que Santiago escribió una carta, sería de esperar que fuera una epístola general, como lo es esta. Santiago no era como Pablo, viajero y hombre de muchas congregaciones. Era el moderador de la sección judía de la Iglesia; y la clase de carta que esperaríamos de él sería una especie de encíclica dirigida a todos los cristianos judíos.

(ii) Nos costaría encontrar nada en esta carta que -no fuera aceptable para cualquier buen judío; hasta tal punto que hay intérpretes que dicen que se trata de hecho de un tratado ético judío que se ha introducido en el Nuevo Testamento. A. H. McNeile indica que se encuentran en Santiago frases tras frases que se podrían tomar tanto en un sentido cristiano como judío. Las Doce Tribus de la- Diáspora (1:1) se podría referir tanto a los judíos exiliados esparcidos por todo el mundo como a la Iglesia Cristiana, el nuevo Israel de Dios (*Gálatas 6:16*; cp. *Apocalipsis 21:12 y 14*). «El Señor» se puede entender una y otra vez en esta carta tanto refiriéndose a Jesús como a Dios. (1:7; 4:10, 15; 5:7, 8, 10, 11, 14, 15). El que Dios nos engendrara o hiciera nacer por la Palabra de Su Verdad para que fuéramos los primeros frutos de Su Creación (1:18) se puede entender igualmente bien en relación con la primera Creación de Dios y con la re-creación en Jesucristo. La perfecta ley y

la ley regia (1:25; 2:8) se- pueden entender igualmente bien como la ley ética de los Diez Mandamientos o como la nueva ley de Cristo (Cp.1 *Corintios* 9:21). Los ancianos de la iglesia, la *ekklésia* (5:14), se pueden entender igualmente bien como los ancianos de la iglesia cristiana o como los ancianos judíos, porque en la *Septuaginta*, *ekklésia* es el título del pueblo es cogido de Dios. En 2:2, «vuestra congregación» traduce *synagogue*, que puede querer decir *sinagoga* más normalmente que *congregación cristiana*. La costumbre de dirigirse a sus lectores como *hermanos* es totalmente cristiana, pero también totalmente judía. La venida del Señor y la descripción del Juez esperando a la puerta (5:7, 9) son tan corrientes en el pensamiento cristiano como en el judío: La acusación de haber matado al justo (5:6) es una frase que aparece una y otra vez en los profetas, pero que los cristianos entenderían como una referencia a la Crucifixión de Cristo: No hay nada en esta carta que un judío ortodoxo no pudiera aceptar cordialmente si la leía desde su entorno:

Se podría decir que todo esto le va perfectamente a Santiago: era el líder de lo que podríamos llamar la cristiandad judía, y el cabeza de la parte de la Iglesia con sede en Jerusalén. Tiene que haber habido un tiempo en que la Iglesia estaba muy próxima al judaísmo y parecía un judaísmo reformado más que otra cosa. Hubo una clase de cristianismo que no tenía la amplitud universalista que aportó la mente de Pablo. El mismo Pablo decía *que* la esfera gentil le correspondía a él, y la judía a Pedro, Santiago y Juan (*Gálatas* 2:9). La carta de Santiago puede que represente una clase de cristianismo que se mantenía en su forma más primitiva. Esto explicaría dos cosas:

(a) Explicaría la frecuencia con que *Santiago* repite la enseñanza del Sermón del Monte. Podríamos, entre muchos otros ejemplos, comparar *Santiago* 2:12s con *Mateo* 6:14s; *Santiago* 3:11-13 con *Mateo* 7:16-20; *Santiago* 5:12 con *Mateo* 5:34-37. Sería normal esperar que cualquier cristiano judío mostrara un interés especial en la enseñanza ética de la fe cristiana.

(b) Ayudaría a explicar la relación de esta carta con la enseñanza de Pablo. En una primera lectura, *Santiago* 2:14-26 parece un ataque frontal al paulinismo. «Toda persona se justifica por las obras, y no por la fe exclusivamente» (*Santiago* 2:24) parece estar en flagrante oposición a la doctrina paulina de la justificación por la fe sola. Pero lo que *Santiago* está atacando es una mal llamada fe que no tiene resultados éticos; y una cosa está meridianamente clara: que cualquiera que acusara a Pablo de haber predicado tal «fe» no es posible que hubiera leído sus cartas sin prejuicios. Estas están llenas de exigencias éticas, como ilustra, por ejemplo, el capítulo 12 de Romanos. Ahora bien: Santiago murió el año 62 d.C., y por tanto no podía haber leído las cartas que no llegaron a ser propiedad universal de la Iglesia hasta el año 90 d.C. Por tanto, lo que *Santiago* ataca no es sino un malentendido de lo que Pablo decía, y una tergiversación de ello; y en ningún sitio era más probable que surgiera ese malentendido o esa tergiversación que en la misma Jerusalén, donde el hincapié que hacía Pablo en la fe y en la gracia, y su presentación del Evangelio como opuesto al legalismo judío se mirarían con más suspicacia que en ningún otro sitio.

(iii) Se ha hecho notar que *Santiago* y la carta del Concilio de Jerusalén a las iglesias gentiles tienen por lo menos dos curiosas semejanzas. Las dos empiezan con la palabra *Saludos* (*Santiago* 1:1; *Hechos* 15:23). La palabra griega es *jairein*, que era la manera corriente de empezar una carta en griego, pero que no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento salvo en la carta del jefe militar Claudio Lisias al gobernador de la provincia (*Hechos* 23:26-30). La segunda coincidencia es la frase que se aplica a *todos los gentiles sobre los cuales es invocado mi nombre* (*Hechos* 15:17), *el buen nombre que fue invocado sobre vosotros* (*Santiago* 2:7). Es curioso que la carta del Concilio de Jerusalén, que redactaría probablemente Santiago, y la epístola que lleva su nombre, sean los únicos lugares del Nuevo Testamento en los que aparecen estas dos frases características.

Así es que hay evidencias que le dan credibilidad a la creencia de que Santiago fue la obra de Santiago, hermano del Señor y cabeza de la iglesia de Jerusalén.

Por otra parte, hay hechos que nos hacen ponerlo en duda.

(i) Si el autor fue el hermano del Señor, habríamos esperado que hiciera alguna referencia a ese hecho. El único título que se aplica es «siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (1: 1). Tal referencia no habría sido para su gloria personal en ningún sentido, sino sencillamente para prestarle autoridad a su carta. Y tal autoridad habría sido especialmente útil fuera de Palestina, en países en los que no se le conocería. Si el autor era de veras el hermano del Señor, nos sorprende que no haga referencia a ese hecho, directa o indirectamente.

(ii) Faltando la referencia a su parentesco con Jesús, se habría esperado que se la hiciera al hecho de que era un apóstol. Era costumbre de Pablo el empezar sus cartas haciendo referencia a su apostolado. No se trata de una cuestión de prestigio personal, sino de garantía de autoridad para escribir.- Si este Santiago era el hermano del Señor y el cabeza de la iglesia de Jerusalén, habríamos esperado que mencionara al principio de su carta que la escribía en calidad de apóstol.

(iii) Lo más sorprendente de todo es lo que hizo que Lutero pusiera en duda el derecho de esta carta a estar en el Nuevo Testamento: la casi total carencia de referencias al Señor Jesucristo mismo. Sólo dos veces en toda la carta se menciona Su nombre, y las dos veces son casi idénticas (1:1; 2:1).

No hace la menor referencia a la Resurrección de Cristo. Sabemos muy bien que la Iglesia Primitiva se levantaba sobre la base de la fe en el Cristo Resucitado. Si esta carta era la obra de Santiago, es contemporánea de los acontecimientos de *Hechos*; donde la Resurrección se menciona no menos de veinticinco veces. Lo que lo hace todavía más sorprendente es que Santiago tenía un motivo personal para escribir acerca de las apariciones de Jesús, una de las cuales cambió radicalmente el curso de su vida. Es sorprendente que nadie que escribiera en ese tiempo de la historia de la Iglesia no hiciera referencia

a la Resurrección de Jesús; y doblemente si el autor era Santiago el hermano del Señor.

Tampoco hace referencia a Jesús como el Mesías. Si Santiago, el cabeza -de la iglesia de Jerusalén, estaba escribiendo a los judíos cristianos en aquellos días tempranos, uno habría creído que su objetivo principal habría sido presentara Jesús como el Mesías, o que por lo menos habría dejado bien clara su fe en ello; pero la carta ni lo menciona.

(iv) Está claro que el autor de esta carta está empapado del Antiguo Testamento; y también que conoce íntimamente la literatura sapiencial, cosas ambas -que se podían esperar en Santiago. Hay en su carta veintitrés posibles citas del Sermón de la Montaña, cosa que también se puede entender fácilmente porque, desde el principio, desde antes que se escribieran los evangelios, deben de haber circulado compendios de las enseñanzas de Jesús. Algunos suponen que tiene que haber conocido las cartas de Pablo a los Romanos y a los Gálatas para decir lo que dice acerca de la fe y las obras, pero a eso se objeta razonablemente que un judío que nunca hubiera salido de Palestina y que hubiera muerto el año 62 d.C. no tendría por qué haber conocido esas cartas. Como ya hemos visto, esas suposiciones no se pueden mantener, porque la crítica de la doctrina de Pablo en Santiago podría haber surgido sólo de alguien que no había leído esas cartas de primera mano, y que estaba enfrentándose con algo que no era más que un malentendido o una tergiversación de la doctrina paulina. Pero la frase en 1:17: «Toda buena dádiva y todo don perfecto,» es un perfecto verso exámetro que tiene todo el aspecto de ser una cita de algún poeta griego; y la frase en 3:6: «el ciclo de la naturaleza» puede ser una expresión órfica procedente de las religiones misteriosas. ¿De dónde se habría sacado un judío que no hubiera salido de Palestina tales citas?

Hay cosas difíciles de explicar si se da por seguro que Santiago el hermano del Señor fue el autor de esta carta. La evidencia a favor o en contra está muy equilibrada. Dejamos este asunto para tratar de otras cuestiones.

LA FECHA DE LA CARTA

Cuando consideramos la evidencia para la fecha de la carta la encontramos igualmente equilibrada. Es posible deducir que es muy temprana, e igualmente que es tardía.

(i) Cuando Santiago estaba escribiendo, está claro que la esperanza de la Segunda Venida de Cristo era aún muy real (5:7-9). Esta esperanza no se perdió nunca en la Iglesia Primitiva, pero sí se desvaneció en parte del centro de su pensamiento cuando parecía que se atrasaba considerablemente. Esto sugeriría una fecha temprana.

(ii). En los primeros capítulos de *Hechos* y en las cartas de Pablo hay un trasfondo continuo de controversia- con los judeocristianos para aceptar a los gentiles en la Iglesia sobre la base de la sola fe. Dondequiera que iba Pablo le seguían los judaizantes, y la aceptación de los gentiles no fue una batalla que se ganara fácilmente. En Santiago no hay ni una sugerencia de esta controversia judeo-gentil, hecho doblemente sorprendente si recordamos que Santiago el hermano del Señor representó un papel decisivo en la decisión del Concilio de Jerusalén. En ese caso, esta carta podría ser o muy temprana, anterior a la mencionada controversia, o tardía y escrita cuando ya se había acallado el último eco de la controversia. El hecho de que esta no se mencione se puede usar a favor de cualquiera de las dos fechas.

(iii) La evidencia del orden eclesiástico que se refleja en la carta también es conflictiva. El lugar donde se reúne la iglesia todavía se llama *synagógue* (2:2), lo que indicaría una fecha temprana; más tarde los cristianos usaron sistemáticamente *ekklésia*, porque el término judío se había descartado. Los ancianos de la iglesia se mencionan (5:14), pero no los obispos ni los diáconos, cosa que parece indicar fecha temprana otra vez, y posiblemente la continuación del orden judío, ya que los ancianos eran una institución judía antes de serlo cristiana. Santiago está preocupado con la existencia de *muchos* maestros (3:1), que es otro detalle que puede apuntar a una situación

muy temprana, antes de que la Iglesia sistematizara su ministerio e introdujera ningún tipo de orden; aunque también podría indicar una fecha tardía, en la que los falsos maestros habían invadido la Iglesia como una plaga.

Hay dos hechos de carácter general que parecen indicar más bien una fecha tardía. El primero que, como ya hemos visto, apenas se menciona a Jesucristo. El tema de esta carta son, de hecho, las inconveniencias e imperfecciones, y los pecados y errores de los miembros de la iglesia. Esto parece apuntar a una fecha bastante tardía. La predicación original irradiaba la gracia y la gloria del Cristo Resucitado; la posterior pasó a ser, como sucede ahora, una diatriba contra las imperfecciones de los miembros de la iglesia. El segundo hecho general es la condenación de los ricos (2:1-3; 5:1-6). La discriminación a su favor y su arrogancia parecen haber sido un verdadero problema cuando se escribió esta carta. Ahora bien: en la Iglesia original había muy pocos ricos, si es que había alguno (1. Corintios 1:26s). Santiago parece ser el exponente de un tiempo en que la Iglesia, antes pobre, se veía amenazada por la mundanalidad.

LOS PREDICADORES DEL MUNDO ANTIGUO

Nos ayudará a fechar esta carta llamada de Santiago, y a identificar a su autor, el colocarla en su contexto del mundo antiguo.

El sermón se identifica con la Iglesia Cristiana, pero no fue ni mucho menos su invención. Tenía sus raíces tanto en el mundo helenístico como en el judío; y cuando comparamos Santiago con los sermones helenísticos y judíos no podemos por menos de sorprendernos de sus semejanzas.

1. Consideremos en primer lugar a los predicadores griegos y sus sermones. El filósofo ambulante era una figura corriente en el mundo antiguo. Algunas veces era estoico, pero las más de las veces cínico. Dondequiera se reunía la gente, se le podía

encontrar exhortando a la virtud, ya fuera en una esquina o en una plaza, en las grandes concentraciones de público que se reunían para los juegos, hasta en las **luchas de gladiadores**, y a veces hasta dirigiéndose al emperador para reprenderle por su lujo o tiranía y exhortarle a la virtud y a ¡justicia. El antiguo predicador, el filósofo-misionero, era una figura frecuente en el mundo antiguo. Había habido un tiempo cuando la filosofía era asunto de escuelas, pero en este su voz y sus exigencias éticas se podían oír diariamente en las plazas públicas.

Estos sermones antiguos tenían ciertas características. El método, era siempre el mismo; y ese método había influido profundamente en la presentación que hacía Pablo del Evangelio., y Santiago tenía los mismos precursores. Alistaremos algunos de los trucos comerciales de esos predicadores antiguos advirtiendo cómo se presentan en Santiago, y tendremos presente cómo escribía Pablo a las iglesias. El principal objetivo de esos predicadores antiguos, debe recordarse, no era descubrir ninguna nueva verdad, sino despertar a los pecadores del error de su camino, e impulsarlos a mirar las verdades que ya conocían pero habían olvidado o abandonado. Su propósito. era desafiar a la gente con la vida noble para apartarla de la vida irresponsable e impía.

(i) Frecuentemente sostenían una conversación imaginaria con oponentes imaginarios, manteniendo lo que se llamada una especie de «diálogo truco». Santiago también usa ese método en 2:18s y 5:13s.

(ii) Solían efectuar la transición de una parte del sermón a otra mediante una- pregunta que introducía un tema nuevo. También Santiago lo hace en 2:14 y 4:1.

(iii) . Eran muy aficionados a los imperativos, con los que mandaban a sus oyentes que abandonaran sus errores e iniciaran la acción correcta. En los 108 versículos de Santiago hay casi 60 imperativos.

(iv) Eran muy aficionados a lanzar preguntas retóricas a sus audiencias. Santiago emplea frecuentemente tales preguntas (cp. 2:4, 5, 14-16; 3:11, 12; 4:4).

(v) Solían apostrofar a menudo, dirigiéndose en particular á sectores de su audiencia. Así hace Santiago con los comerciantes ávidos de negocios y con los ricos arrogantes (4:13; 5:6).

(vi) Les gustaba personificar las virtudes y los vicios, los pecados y las gracias. Así personifica Santiago el pecado (1:15); la misericordia (2:13) y la roña (5:3).

(vii) Buscaban despertar el interés de sus audiencias con anécdotas y tipos de la vida cotidiana. La figura de la rienda, el timón y el fuego del bosque son lugares comunes en los sermones antiguos (cp. 3:3-6). Entre muchas otras, Santiago presenta gráficamente la figura del paciente granjero (5:7).

(viii) Solían per ejemplos de. hombres y mujeres famosos para ilustrar su enseñanza moral. Eso es lo que hace Santiago al presentar los ejemplos de Abraham (2:21-23); de Rahab (2:25); de Job (5:11), y de Elías (5:17).

(ix) Los antiguos predicadores tenían la costumbre de empezar sus sermones con .una paradoja que llamara la atención de sus oyentes. Santiago lo hace diciéndole a la gente que se considere afortunada cuando se encuentre rodeada de problemas (1:2). Así era como los antiguos predicadores presentaban a menudo la verdadera bondad como el reverso de lo que pensaba la gente. Así Santiago insiste en que la felicidad de los ricos consiste en venir a menos (1:10). Usaban el arma de la ironía como hace Santiago (2:14-19; 5:1-6).

(x) Los antiguos predicadores sabían hablar con dureza y seriedad. Santiago también se dirige a su lector llamándole < ¡Estúpido!», y moteja a los que le escuchan «vacíos de mollera» y «almas adúlteras.» Los antiguos predicadores azotaban con la lengua, y Santiago hace lo mismo.

(xi) Los predicadores antiguos tenían ciertas formas estándar de construir sus sermones.

(a) A menudo concluían una sección con una antítesis gráfica, colocando el bien y el mal frente a frente. Santiago tiene la misma costumbre (cp. 2:13, 26).

(b) A menudo probaban su razonamiento mediante una pregunta inquietante que les disparan a los oyentes (cp. 4:12).

(c) A menudo hacían citas en sus predicaciones. También Santiago (5:20; 1:11, 17; 4:6; 5:11).

Es verdad que no encontramos en *Santiago* la amargura, el sarcasmo, el humor frívolo y hasta soez de los predicadores griegos; pero está a la vista que usa todos los otros trucos y métodos que usaban los predicadores ambulantes helenísticos para abrirse camino hasta llegar a la mente y el corazón de sus audiencias.

2. El mundo judío también tenía su tradición de predicación. Los que predicaba en los cultos de la sinagoga solían ser los rabinos. Tenían muchas de las características de la predicación de los filósofos ambulantes griegos. Usaban las preguntas retóricas, los imperativos y los ejemplos tomados de la vida diaria, y las citas de los héroes de la fe: Pero la predicación judía tenía una característica curiosa: era deliberadamente dispersa y desconectada. Los maestros judíos enseñaban a sus discípulos a no permanecer durante mucho tiempo tratando el mismo asunto, sino a pasar rápidamente de uno a otro para mantener el interés de los oyentes. De ahí que uno de los nombres que daban a la predicación era *jaraz*, que quiere decir *sarta de perlas*. El sermón judío era frecuentemente una sucesión de verdades morales y de exhortaciones aisladas. Este es precisamente el estilo de *Santiago*. Es difícil, si no imposible, discernir en él un tema continuo y coherente. Sus secciones se siguen sin aparente conexión. Goodspeed dice: «El desarrollo se ha comparado con una cadena en la que cada eslabón va unido al anterior y al siguiente. Otros han comparado su contenido con las cuentas de un collar... Y tal vez *Santiago* no es tanto una cadena de pensamientos o cuentas como un manojo de perlas que se dejan caer una a una en la mente del lector.»

Santiago, ya lo miremos desde el trasfondo helenístico o desde el judío, es un buen ejemplo de un sermón antiguo. Y ahí está probablemente la clave de su autoría. Con todo esto en mente, volvamos ahora a preguntarnos quién fue su autor.

EL AUTOR DE SANTIAGO

Hay cinco posibilidades.

(i) Empezamos con una teoría que desarrolló en detalle Meyer hace cosa de un siglo, y que reavivó Easton en la nueva *Interpreter's Bible*. Una de las cosas más corrientes en el mundo antiguo era publicar libros bajo el nombre de alguna gran figura del pasado. La literatura judía entre los dos Testamentos estaba llena de obras seudoepigráficas; es decir, que se atribuían a Moisés, los Doce Patriarcas, Baruc, Enoc, Isaías y otros de posición semejante, para que esa autoridad adicional atrajera a más lectores. Esta era una práctica aceptada. Uno de los libros más famosos de los Apócrifos es la *Sabiduría de Salomón*, en la que un sabio de época posterior atribuye nueva sabiduría al más sabio de los reyes.

Recordemos tres cosas de *Santiago*.

(a) *No* contiene nada que un judío ortodoxo no pudiera aceptar, si se omiten las dos menciones del nombre de Jesús en 1:1 y 2:1, cosa que podría hacerse sin que se notara.

(b) El nombre griego de Santiago es *lakóbos*, que no es más que una transcripción del *Jacob* del Antiguo Testamento.

(c) El libro va dirigido a «las doce tribus que están -diseminadas por el extranjero.» Esta teoría sostiene que *Santiago* no es otra cosa que un escrito judío, publicado bajo el nombre del patriarca Jacob y dirigido a los judíos de la Diáspora para animarlos a la fe en medio de las pruebas que tienen que pasar en tierra de gentiles.

Esta teoría se elabora más detalladamente como sigue. En *Génesis 49* encontramos el último discurso de Jacob a sus hijos. Consiste en una serie de descripciones breves en las que los hijos se caracterizan sucesivamente. Meyer profesaba ser capaz de encontrar en *Santiago* alusiones a las descripciones de cada uno de los patriarcas, y por tanto de cada una de las doce tribus, del discurso de Jacob. Veamos algunas de las identificaciones propuestas.

Aser es el rico mundano; *Santiago 1: 9-11; Génesis 49: 20.*
Isacar es el que hace buenas obras; *Santiago 1:12; Génesis 49:14s.*
Rubén es las primicias; *Santiago 1:18; Génesis 49:3.*
Simeón representa la ira; *Santiago 1:19s; Génesis 49:5-7.*
Leví es la tribu- especialmente relacionada con la religión, y a la que se alude en *Santiago 1:26s.*
Neftalí se caracteriza por la paz; *Santiago 3:18; Génesis 49:21.*
Gad simboliza las guerras y las luchas; *Santiago 4:1s; Génesis 49:19.*
Dan representa la espera de la salvación; *Santiago 5:7; Génesis 49:18.*
José representa la oración; *Santiago 5:13-18; Génesis 49:22-26.*
Benjamín es el nacimiento y la muerte; *Santiago 5:20; Génesis 49:27.*

Es una teoría sumamente ingeniosa. No parece que se puede ni aceptar ni rechazar del todo. Sin duda explicaría de una manera muy natural la referencia de 1:1 a las doce tribus de la Diáspora. Se completaría diciendo que algún cristiano encontró este tratado judío escrito bajo el nombre de Jacob a todos los exiliados judíos, y le impresionó tanto su valor moral que le hizo algunos ajustes y adiciones y lo publicó como libro cristiano>- No cabe duda de que esta, es una teoría atractiva... pero tal vez se pasa de ingeniosa.

(ii) Lo mismo. que los -judíos, los cristianos ,escribieron también muchos libros bajo los nombres de las grandes figuras de la Iglesia Cristiana. Hay evangelios que se publicaron bajo los nombres de Pedro, de Tomás y del mismo Santiago; hay, una epístola .de Bernabé; hay evangelios de Nxcodemo y de Bartolomé; y hay . hechos. de Juan, . de Pablo, :de Andrés, de Pedro, de Tomás, de Felipe y de otros. El término_técnico que se da a estos libros es el de *seudónimos*, es decir, escritos bajo un *nombre falso*.

Se ha sugerido que *Santiago* fue escrito por alguien bajo el nombre del -hermano del Señor. Eso parece haber sido lo que pensó Jerónimo cuando dijo que esta carta < la publicó alguno bajo el nombre de Santiago.» Pero, independientemente de

la obra en sí, esa suposición no puede mantenerse; porque, cuando alguien escribía bajo un seudónimo, ponía empeño en dejar bien claro quién era el que había de suponerse que lo había escrito; es decir, que habría dejado más claro que el autor era Santiago el *hermano del Señor*, cosa.que ni se insinúa en el texto.

(iii) Moffatt se inclinaba a favor de la teoría de que el autor no era el hermano del Señor, ni ningún otro Santiago conocido, sino simplemente un maestro llamado Santiago de cuya vida no tenemos la menor información. Eso no es ni mucho menos imposible, porque el nombre de Jacobo o Santiago era tan corriente entonces como ahora; pero sería difícil entender cómo tal libro consiguió entrar en el.Nuevo Testamento, y cómo se relacionó con el hermano del Señor.

(iv) El punto de vista tradicional es que fue Santiago el hermano del Señor el que escribió esta carta. Ya hemos visto que parece extraño que no contenga más que dos referencias accidentales a Jesús, y ninguna a Su Resurrección o a Él como el Mesías. Otra dificultad aún más seria es la siguiente. *Santiago* está escrito en buen griego. Ropes dice que el griego tiene que haber sido la lengua materna del que lo escribió; y Mayor, que era un gran experto en griego, dice: < Yo me inclinaría a calificar el griego de esta epístola como el que más se acerca a la pureza clásica de todos los libros del Nuevo Testamento con la excepción tal vez de la Epístola a los Hebreos.» Sin embargo, no cabe duda de que la lengua materna de Santiago era el arameo, y no el griego; y podemos estar seguros de que no dominaría el griego clásico. Su educación ortodoxa judía le haría despreciarlo y evitarlo, como lengua gentil y, además, como la de los perseguidores de su pueblo. Es casi imposible creer que Santiago fuera el autor de esta carta.

(v) Y llegamos a la quinta posibilidad. Recordemos cuánto se parece *Santiago* a un sermón. Es posible que sea, en esencia, un sermón predicado por Santiago, que otro tomó, diríamos, casi taquigráficamente, y luego tradujo al griego, puliéndolo y decorándolo ligeramemente, y publicándolo después para que

toda la Iglesia pudiera beneficiarse. Eso explicaría su formó, y cómo llegó a adscribirse a Santiago. También explicaría la escasez de referencias a Jesús el Mesías y a Su Resurrección, porque tal vez en ese sermón no trató esos puntos. En un sermón es natural que no se toquen todos los temas fundamentales de la ortodoxia, sino que se insista más en los deberes morales que en la teología. Nos parece que esta es la única teoría que explica los hechos sin violentarlos.

Una cosa es segura: puede que nos aproximemos a esta breve carta creyéndola uno de los libros menos importantes del Nuevo Testamento; pero, si la estudiamos con interés, acabaremos dándole gracias a Dios porque se ha conservado para nuestra edificación e inspiración.

SANTIAGO

SALUDOS

Santiago 1:1

Santiago, el esclavo de Dios y del Señor Jesucristo, envía saludos a las doce tribus que están esparcidas por todo el mundo.

Santiago se identifica al principio de su carta con el título que encierra todo su honor y su única gloria, *el esclavo de Dios y del Señor Jesucristo*. Con la excepción de Judas, es el único autor del Nuevo Testamento que se atribuye ese término (*dulos*) sin más cualificación. Pablo se describe como esclavo y apóstol de Jesucristo (*Romanos 1:1; Filipenses 1:1*). Pero Santiago no pasa de llamarse el esclavo de Dios y del Señor Jesucristo. Este título tiene por lo menos cuatro implicaciones.

(i) Implica *una obediencia absoluta*. El esclavo no tiene más ley que la palabra de su amo; no tiene derechos propios; es propiedad absoluta de su amo, y está obligado a rendirle a su amo una obediencia incondicional.

(ii) Implica *una humildad absoluta*. Es la condición de un hombre que no piensa en sus privilegios sino en sus deberes, no en sus derechos sino en sus obligaciones. Es la palabra que describe a un hombre que se ha perdido a sí mismo en el servicio de Dios.

(iii) Implica *una lealtad absoluta*. Es la posición de un hombre que no tiene intereses propios, porque todo lo que hace

lo hace para Dios. Su provecho y sus preferencias =personales no entran en sus cálculos: Le debe su lealtad a Dios.

(iv) Sin embargo, en esta palabra de encierra su *gloria*. Lejos de ser un título deshonroso es el que se aplicaba a las grandes figuras del Antiguo Testamento. Moisés era el *dulos*, en hebreo *`ébed*, de Dios (1 Reyes 8:53; Daniel 9:11; Malaquías 4:4); así se llamaban también Josué y Caleb (Josué 24:29; Números 14:24); así también los grandes patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob (Deuteronomio 9:27); y Job (Job 1: 8); e Isaías (Isaías 20:5); y *dulos* es el título distintivo por el que se conocían los profetas (Amós 3:7; Zacarías 1:6; Jeremías 7: 25). Al tomar el título de *dulos*, Santiago se coloca en la gran línea sucesoria de los que hallaron la libertad y la paz y la gloria en la perfecta sufisión a la voluntad de Dio&., La única grandeza a la que un cristiano puede aspirar es a la de ser esclavo de Dios.

Hay algo poco corriente en el saludo inicial de esta carta. Santiago manda saludos a sus lectores usando la palabra *jairein*, que es la que se solía usar en las cartas personales en griego. Pablo no la usa nunca, sino siempre el saludo distintivo de los cristianos «Gracia y paz» (Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; Filemón 3). El saludo corriente griego sólo aparece dos veces en el resto del Nuevo Testamento: en la carta que dirige el oficial romano Claudio Lisias a Félix para garantizar la seguridad del viaje de Pablo (Hechos 23:26), y en la carta general que se mandó a todas las iglesias gentiles con la decisión del Concilio de Jerusalén que les garantizaba la admisión en la Iglesia (Hechos 15:23). Esto es interesante, porque fue Santiago el que presidió aquel Concilio (Hechos 15:13). Puede que usara el saludo más general porque la carta iba dirigida a un círculo muy amplio de gentiles.

LOS JUDÍOS ESPARCIDOS POR EL MUNDO

Santiago 1:1 (continuación)

La carta va dirigida a *las doce tribus que están esparcidas por el extranjero*; literalmente, *en la Diáspora*, que era la palabra técnica que designaba a los judíos que vivían fuera de Palestina. Todos los millones de judíos que había, por la razón que fuera, fuera de la Tierra Prometida, eran la *Diáspora*. Esta dispersión de los judíos por todo el mundo fue de importancia capital para la extensión del Cristianismo, porque quería decir que había sinagogas en todas las ciudades principales, que era donde empezaban su labor los predicadores cristianos; y también quería decir que había grupos -de hombres y mujeres por todo el mundo que ya conocían el Antiguo Testamento, y que habían hecho que algunos gentiles se interesaran por la fe de Israel. Veamos cómo se había producido esa dispersión.

Algunas veces, y así fue como empezó todo el proceso, los judíos fueron exiliados de su tierra y obligados a vivir en otros lugares. Hubo tres grandes deportaciones.

(i) La primera tuvo lugar cuando el Reino del Norte, con su capital en Samaria, fue conquistado por los asirios, y sus habitantes fueron llevados cautivos a Asiria (2 Reyes 17:23; 1 Crónicas 5:26). Esos eran las diez tribus perdidas, que no volvieron a Palestina. Los judíos creían que, al final de todas las cosas, todos los judíos se reunirían en Jerusalén; pero creían que, hasta que llegara el fin del mundo, esas diez tribus no volverían. Fundaban esa creencia en una interpretación bastante fantástica de un texto del Antiguo Testamento. Los rabinos lo argüían de la siguiente manera: «Las diez tribus no volverán nunca, porque se dice de ellas: "Los arrojó a otra tierra, como hoy se ve" (Deuteronomio 29:28). Como "hoy" acaba y nunca vuelve, así ellos partieron y nunca volverán. Como "hoy" se oscurece y vuelve a amanecer otra vez, así también el día amanecerá para que vuelvan las diez tribus que ahora están en las tinieblas.»

(ii) La segunda gran: deportación fue alrededor del año 580 a.C., después que los babilonios conquistaron el Reino del Sur, cuya capital era Jerusalén, y llevaron cautivos a Babilonia a los mejores del pueblo (2 Reyes 24:14-16; Salmo 137). Aquellos judíos se comportaron en Babilonia de una manera muy diferente: se resistieron a ser asimilados y perder su identidad. Se dice que estaban principalmente en las ciudades de Nahardea y de Nisibis. Fue precisamente en Babilonia donde floreció el enciclopedismo judío y se produjo el *Talmud Babli* o babilonio, exposición masiva de la ley judía en sesenta inmensos volúmenes. Cuando Josefo escribió su *Guerras de las judías*, la primera edición no fue en griego sino en arameo, e iba dirigida a los judíos intelectuales de Babilonia. Él nos dice que los judíos alcanzaron tal poder allí que en un tiempo la provincia de Mesopotamia estaba gobernada por ellos. Sus dos gobernadores judíos fueron Asideo y Anileo; y al morir Anileo se dijo que fueron masacrados no menos de 50,000 judíos.

(iii) La tercera deportación tuvo lugar mucho más tarde. Cuando Pompeyo derrotó a los judíos y tomó Jerusalén en 63 a.C., se llevó esclavos a Roma a muchos judíos. Su adhesión rígida a su propia ley ceremonial y su inflexible cumplimiento de la ley del sábado hacían que fueran difíciles hasta como esclavos, por lo que fueron manumitidos. Se asentaron en una especie de barrio propio a la otra orilla del Tíber. Al poco tiempo se los vio florecer por toda la ciudad. Dion Casio dice de ellos: «Fueron oprimidos con frecuencia, pero a pesar de todo se multiplicaron hasta tal punto que consiguieron hasta que se les respetaran sus costumbres.» Julio César fue su gran protector, y leemos que se pasaron toda la noche de duelo junto a su ataúd. También leemos que estaban presentes en gran número cuando Cicerón estaba defendiendo a Flaco. En el año 19 d.C., toda la comunidad judía fue desterrada de Roma al ser acusada de haberle robado a una prosélita rica pretendiendo que el dinero era para el templo, y en aquella ocasión fueron llamados a filas para luchar contra los bandidos de Cerdeña; mas pronto regresaron. Cuando los judíos de Palestina enviaron

su diputación a Roma para quejarse del gobierno de Arquelao, leemos que se les unieron 8,000 judíos que residían en la ciudad. La literatura latina. está llena de referencias sarcásticas contra los judíos, porque el antisemitismo no es nada nuevo; y el mismo número de referencias es prueba del papel que representaban en la vida de la ciudad.

Las deportaciones llevaron millares de judíos a Babilonia y a Roma; pero aún fueron muchos más los que se marcharon de Palestina por su propia voluntad, en busca de tierras más cómodas y productivas. Dos países en particular recibieron a miles de judíos. Palestina estaba como en un bocadillo entre dos grandes poderes: Siria y Egipto; y estaba en peligro, por tanto, de convertirse en campo de batalla: Por esa razón, muchos judíos se fueron, ya a Siria, ya a Egipto.

En tiempos de Nabucodonosor hubo un éxodo voluntario de muchos judíos a Egipto (2 Reyes 25:26). Allá para el año 650 a.C., el rey Samético se decía que tenía mercenarios judíos en sus ejércitos. Cuando Alejandro Magno fundó Alejandría, se ofrecieron privilegios especiales a los que se instalaran allí, y llegaron gran número de judíos. Alejandría se dividía en cinco distritos administrativos, y dos de ellos estaban habitados por judíos, que sumaban en esa sola ciudad más de un millón. Los asentamientos judíos en Egipto llegaron a tal punto que, hacia el año 50 a.C., se construyó una réplica del templo de Jerusalén en Leontópolis para los judíos egipcios.

Muchos judíos se trasladaron también a Siria. La concentración más importante fue en Antioquía, donde se predicó el Evangelio por primera vez a los gentiles, y los seguidores de Jesús recibieron el mote de cristianos. En Damasco leemos que masacraron a 10,000 judíos en una ocasión.

Así que Egipto y Siria tenían numerosas poblaciones judías. Pero otros se instalaron más lejos. En Cirene, al Norte de Africa, leemos que la población estaba dividida entre ciudadanos, agricultores, residentes extranjeros y judíos. Mommsen, el historiador de Roma, escribe: «Los habitantes de Palestina no eran más que una parte, y no la más importante, de los

judíos; las comunidades judías de Babilonia, Siria, Asia Menor y Egipto eran muy superiores a la de Palestina.» La mención de Asia Menor nos conduce a otra esfera en la que los judíos eran numerosos. Cuando se desmembró el imperio de Alejandro Magno a su muerte, Egipto correspondió a los Tolomeos, y Siria y los territorios adyacentes a Seleuco y sus sucesores los seléucidas. Estos tenían dos características principales. Seguían una política deliberada de fusión de poblaciones con vistas a ganar seguridad y acabar con los nacionalismos. Y también eran inveterados fundadores de ciudades. En estas ciudades se necesitaban residentes, lo que hacía que se ofrecieran atractivos y privilegios especiales a los candidatos. Los judíos aceptaron a millares la nacionalidad de estas ciudades. Por toda Asia Menor, en las grandes ciudades de la costa del Mediterráneo y en los grandes centros comerciales, los judíos eran numerosos y prósperos. Hasta había trasplantes obligatorios: Antíoco el Grande se llevó a 2,000 familias judías de Babilonia y las reasentó en Lidia y en Frigia. De hecho, la salida de Palestina tomó tales proporciones que los judíos palestinos se quejaban de sus hermanos que abandonaban las austeridades de Palestina para disfrutar de los baños y de las fiestas de Asia y de Frigia; y Aristóteles nos cuenta que se encontró a un judío en Asia Menor que era < griego, no sólo en la lengua, sino también en el alma.»

Está claro que había judíos en todas las partes del mundo. El geógrafo griego Estrabón escribe: «Cuesta trabajo encontrar un lugar en todo el ancho mundo que no esté ocupado y dominado por judíos.» Y el historiador judío Josefo escribe: «No hay ciudad, ni tribu, ya sean griegas o bárbaras, en la que no hayan arraigado la ley y las costumbres judías.» Los *Oráculos sibílicos*, escritos hacia el año 140 a.C., dicen que todas las tierras y todos los mares están llenos de judíos. Hay una carta que se supone que le mandó Agripa a Calígula, que cita Josefo, en la que se dice que Jerusalén no es sólo la capital de Judea, sino de la mayor parte de los países, por las colonias que ha instalado en ocasiones propicias en los países cercanos

de Egipto, Fenicia, Siria, Celesiria, y en los más remotos de Parifilia y Cilicia, en la mayor parte de Asia hasta llegar a Bitinia y el Ponto; también en Europa: Tesalia, Boecia, Macedonia, Etolia, Ática, Argos, Corinto y en las mejores partes del Peloponeso. Y no sólo estaba lleno de asentamientos judíos el continente, sino también las islas más importantes: Eubea, Chipre, Creta.: y no digamos las tierras más allá, del Éufrates, en todas las cuales había habitantes judíos.

La Diáspora judía era coextensiva con el mundo; y fue el factor más importante para la extensión del Cristianismo.

LOS DESTINATARIOS DE LA CARTA

Santiago 1:1 (conclusión)

Santiago escribe a *das doce tribus de la Diáspora*. ¿A quiénes tiene en mente al escribir? Las *doce tribus de la Diáspora* podría querer decir cualquiera de las tres cosas siguientes.

(i) Podría representar a todos los judíos de fuera de Palestina. Ya hemos visto que suponían millones. Había de hecho muchos más judíos por toda Siria y Egipto y Grecia y Roma y Asia Menor y todas las tierras del Mediterráneo y más allá de Babilonia, que en Palestina. En las condiciones del mundo antiguo sería totalmente imposible mandar un mensaje a una circunscripción tan extensa y desparramada.

(ii) Podría querer decir los judíos cristianos fuera de Palestina. En este caso incluiría probablemente a los judíos en los países alrededor de Palestina, tal vez particularmente los de Siria y Babilonia. No cabe duda de que si alguno hubiera de escribir una carta a esos judíos sería Santiago, porque era el líder reconocido de la cristiandad judía.

(iii) La frase podría tener un tercer significado. Para los cristianos, la Iglesia Cristiana era el Nuevo Israel. Al final de *Gálatas* Pablo manda su bendición al *Israel de Dios* (*Gálatas* 6:16). La nación de Israel había sido el pueblo escogido

especialmente por Dios; pero se habían negado a aceptar su lugar, su responsabilidad y su tarea. Cuando vino el Hijo de Dios, Le rechazaron. Por tanto, todos los privilegios que les habían correspondido pasaron a la Iglesia Cristiana, que es el nuevo pueblo de Dios. Pablo (*Romanos 9:7s*) había desarrollado esta idea hasta sus últimas consecuencias. Era su convicción que los verdaderos descendientes de Abraham no eran los que podían remontar su ascendencia física hasta él, sino los que habían emprendido la misma aventura de fe que emprendió Abraham. El verdadero Israel se componía, no de ninguna nación o raza en particular, sino de los que habían aceptado a Jesucristo por la fe. Así pues, esta frase podría muy bien querer decir *la Iglesia Cristiana en general*.

Podemos escoger entre el segundo y el tercer significado, cada uno de los cuales hace perfecto sentido. Santiago puede que escribiera a los judíos cristianos esparcidos por las naciones circundantes; o al nuevo Israel, la Iglesia Cristiana.

PROBADOS Y APROBADOS

Santiago 1:2-4

Hermanos míos: considerad un gran privilegio siempre que os veáis involucrados en toda clase de pruebas; porque sabéis muy bien que la prueba de vuestra fe produce una constancia a toda prueba. Y dejad que esa constancia alcance su plenitud haciéndoos perfectos y completos y en nada insuficientes.

Santiago no sugería nunca a sus lectores que el Cristianismo sería para ellos un camino fácil. Les advierte que se verán envueltos en lo que la antigua versión Reina-Valera llamaba *diversas tentaciones*. La palabra que se traducía por *tentaciones* es *peirasmós*, cuyo sentido hemos de entender bien para comprender la esencia misma de la vida cristiana.

Peirasmós no es *tentación* en el sentido que le damos a este término, sino *prueba* (como corrigen las revisiones posteriores). *Peirasmós* es una prueba que se hace con un fin, que no es sino que el que es sometido a la prueba surja de ella más fuerte y más puro. El verbo correspondiente, *peirázein*, que la versión antigua solía traducir por *tentar*, tiene el mismo sentido. La idea no es la de la seducir al pecado, sino la de fortalecer y purificar. Por ejemplo: se dice que un ave joven *prueba* (*peirázein*) las alas; o que la Reina de Seba vino a probar (*peirázein*) la sabiduría de Salomón. Se dice que Dios probó (*peirázein*) a Abraham, cuando pareció exigirle el sacrificio de Isaac (*Génesis 22:1*). Cuando Israel entró en la Tierra Prometida, Dios no quitó del todo a los que la habían habitado antes. Los dejó para poner a prueba a Israel (<*peirázein*) en su lucha contra ellos (*Jueces 2:22; 3:1;4*). Las experiencias de Israel eran pruebas que contribuían a formar al pueblo de Dios (*Deuteronomio 4:34; 7:19*).

Aquí tenemos un gran pensamiento alentador. Hort escribe: «El cristiano debe esperar que las pruebas le metan a empellones en la vida cristiana.» Se nos presentarán todas las experiencias imaginables. Habrá la prueba del dolor y de las desilusiones que tratarán de quitarnos la fe: Vendrá también la prueba de las seducciones que tratarán de inducirnos a dejar el buen camino. Estarán las pruebas de los peligros, los sacrificios, la impopularidad que supone muchas veces el camino cristiano. Pero nada de eso nos viene para hundirnos, sino para remontarnos. No pretenden vencernos, sino que los vencamos; ni debilitarnos, sino fortalecernos. La vida cristiana: es como la de un atleta: cuanto más **duro el entrenamiento; -más** animado está, porque sabe que así estará dispuesto para realizar un esfuerzo que le conduzca a la victoria. Como decía Browning, debemos «acoger con alegría cualquier revés que hace más áspero, el camino suave;» porque si cuesta es porque vamos cuesta arriba, hacia la cima.

Santiago 1.:2.4 (conclusión)

Santiago describe el proceso de la prueba con la palabra *dokímion*. Es una palabra interesante. Es la palabra que se usa para la moneda de curso legal, genuina y sin aleaciones. La finalidad de la prueba es purificarnos de toda impureza.

Si nos, enfrentamos con la prueba con la actitud debida, producirá en nosotros una constancia (o firmeza) a toda prueba. La palabra es *hypomoné*, que la Reina-Valera traduce (siguiendo, como tantas, -a la Vulgata) por *paciencia*; pero la paciencia es demasiado pasiva. *Hypomoné* no es simplemente la actitud de soportar las cosas, sino la habilidad de transformarlas en grandeza y en gloria. Lo que alucinaba a los paganos en los siglos de la persecución era que los mártires no morían lúgubrementemente, ¡sino cantando! Uno sonreía en las llamas; le preguntaron a qué estaba sonriendo y contestó: «Veía la gloria de Dios, y me sentía feliz.» *Hypomoné* es la cualidad que hace capaz a una persona, no sólo de sufrir la adversidad, sino de conquistarla y vencerla: El resultado de la prueba soportada con la debida actitud es la fuerza para soportar aún más y conquistar en batallas todavía más duras.

Esta constancia a toda prueba consigue hacer a una persona tres cosas.

(i) La hace *perfecta*. En griego es *téleios*, y tiene generalmente el sentido de *perfección para un fin determinado*. Un animal para el sacrificio era *téleios* si era idóneo para ofrecerlo a Dios. Un estudiante era *téleios* ni estaba formado. Una persona era *téleios* si había llegado a su pleno desarrollo. Esta constancia que nace de la prueba debidamente aceptada hace a una persona *téleios* en el sentido de hacerla idónea y capaz para realizar la tarea para la que vino al mundo. Aquí tenemos una gran idea. Por la forma en que nos enfrentamos con las experiencias de la vida, nos estamos capacitando o incapacitando para la labor que Dios quiere que realicemos.

(ii) La hace *completa*. Es griego, *holókléros*, -que quiere -decir *íntegra, perfecta. en todas sus partes*. Se usa del animal que es idóneo para ofrecérselo a Dios en sacrificio, y del sacerdote que es apto para el ministerio. Quiere decir que el animal o la persona no tiene ningún defecto que le desfigure o descalifique. Gradualmente, esta constancia a toda prueba desplaza las debilidades y las imperfecciones del carácter de una persona; la capacita diariamente a conquistar antiguos pecados, a desembarazarse de viejas vergüenzas y a obtener nuevas virtudes; hasta que, al fin, llega a ser perfectamente idónea para el servicio de Dios y de la humanidad:

(iii) Hace que sea *en nada insuficiente*. En griego, *leípesthai*, que se usa de la derrota de un ejército, de la rendición en una contienda, - del fracaso en alcanzar el nivel que se establece. Si una persona se enfrenta con la prueba con la debida actitud, si desarrolla de día en día esta constancia a toda prueba, vivirá de día en día más victoriosamente y llegará más cerca del nivel del mismo Jesucristo.

LO QUE LA PERSONA PIDE Y DIOS DA

Santiago 1: 5-8

Si cualquiera de vosotros saca insuficiente en sabiduría, que se la pida a Dios -Que da generosamente a todo el mundo sin humillar a nadie-, y se le dará. Que la pida con fe, sin albergar dudas en su mente; porque el que se debate entre dudas es como el oleaje del mar, impulsado por el viento de acá para allá. Que no se crea esa persona que va a recibir nada del Señor, una persona de mentalidad dividida, inconstante en todo lo que emprende.

Hay una íntima relación entre este pasaje y el anterior. Santiago acaba de decirles a sus lectores que, si usan todas las

experiencias que son pruebas en la vida de una manera debida, saldrán de ellas con la constancia a toda prueba que es la base de todas las virtudes. Pero; inmediatamente, surge la pregunta: «¿Dónde puedo. yo encontrar la sabiduría y la inteligencia que necesito para usar estas experiencias probatorias de la manera debida?» La respuesta de Santiago es: « Si uno se da cuenta de que no tiene la sabiduría necesaria para usar debidamente las experiencias de la vida -y no hay nadie que la posea por sí mismo-, que se la pida a Dios.»

Hay algo que sobresale aquí. Para Santiago, el maestro cristiano con un trasfondo judío, la sabiduría es una cosa práctica. No es la especulación filosófica o el conocimiento intelectual; su esfera son las cosas de la vida. Los .estoicos definían la sabiduría como «el conocimiento de lo humano ,y lo divino.» Pero Ropes define esta sabiduría cristiana como «la cualidad suprema y divina del alma. que le permite a la persona conocer y practicar la integridad.» Hort la define como «ese talento del corazón y de la mente que se necesita para vivir como Dios manda.» En la sabiduría cristiana hay, desde luego, un conocimiento de las cosas profundas de Dios; pero es esencialmente práctico. Es un conocimiento tal que pasa a la acción en las decisiones y relaciones personales de la vida cotidiana. Cuando una persona Le pide a Dios esta sabiduría, debe tener presentes dos cosas.

(i) Debe recordar cómo da Dios: da generosamente y sin humillar a nadie. «Toda sabiduría -decía Jesús ben Siráviene del Señor y está con Él para siempre» (Eclesiástico PI). Pero los sabios judíos se daban perfecta cuenta de que el mejor regalo del mundo se puede echar a perder por la forma de darlo. Tenían mucho que decir acerca de la manera de dar que tienen los tontos. «Hijo mío, no estropees tus buenas obras, ni uses palabras impertinentes cuando das algo... Fíjate: ¿No es una palabra mejor que un regalo? Pero las dos cosas se encuentran en un hombre generoso. Un idiota reprende groseramente, y el regalo del envidioso consume los ojos» (=«produce lágrimas») (*Eclesiástico 18:15-18; cp. 20:14s*). El mismo escritor

advierte contra «las reprimendas ante los amigos» (*Eclesiástico 41:22*). Hay una clase de dar que se practica con la intención de obtener más de lo que se da. El que no da nada más que para satisfacer su propia vanidad y su complejo de superioridad, colocando al que recibe bajo una obligación que no podrá olvidar jamás; el que da, y luego no deja de echar en cara lo que ha dado.

Pero Dios da con generosidad. Filemón, el poeta griego, llamaba a Dios «el Que arpa los regalos,» no en el sentido de que Le guste recibir regalos,, sino de que Le encanta darlos. Y Dios no echa luego en cara nada de lo que da. Da con todo el esplendor de Su amor, porque Le es absolutamente natural el dar.

(ii) Debe recordar *cómo debe pedir el necesitado*: Debe pedir sin dudas. Debe estar seguro, tanto de que Dios puede, como de que tiene voluntad de dar. Si lo pide con dudas, su mente está como el oleaje, a merced del viento que lo impulsa de un lado para otro. Mayor dice, que es como un corcho arrastrado por las olas, ahora cerca de la playa, luego cada vez más lejos. Tal persona es inestable en todas sus actuaciones. Hort sugiere que se trata de la imagen de uno que va borracho, dando traspies de un lado a otro de la calle y sin que se pueda saber adónde va. Santiago dice claramente que tal .persona es *dípsyjos*, que quiere decir literalmente que tiene dos almas, o dos mentes, en su interior: una cree., y la otra no cree; y es como una guerra civil en persona; porque la confianza y la desconfianza en Dios están librando una batalla continua la una.contra la otra.

Si vamos a usar las experiencias de la vida como es debido para obtener un carácter íntegro, tenemos que pedirle a Dios sabiduría. Y cuando Se la pidamos, debemos tener presente la generosidad absoluta que Le caracteriza, y estar seguros de que pedimos creyendo que vamos a recibir lo que Dios sabe que es bueno y conveniente que tengamos.

SEGÚN LA NECESIDAD DE CADA CUAL

Santiago 1:9.11

Que el hermano sencillo esté orgulloso de su dignidad; y el hermano rico, de su insignificancia porque se pasará como la florecilla del campo. Amanece el día con viento solano, y se seca, la hierba, y su flor se marchita, y toda su hermosura queda en nada. Así se ajará el rico con todas sus empresas.

Según lo vio Santiago, el Evangelio le trae a cada uno lo que necesita. Como decía Mayor: «Como el pobre desprecia do aprende a respetarse.a sí mismo, así el orgulloso rico a despreciarsé.s> .^k

El Evangelio le trae al pobre un. nuevo sentido de su propia *valía*. (a) Aprende que él importa *en la iglesia*: En la Iglesia Primitiva no había diferencia de~clases. Podía suceder que un esclavo fuera el pastor de la congregación; el que predicaba y administraba los sacramentos; mientras•que.su amo no era más que un- simple.miembro. En la Iglesia se borran las dignida=*des* sociales del mundo, y ninguno importa más que otro. (b) Aprende que él importa *en el mundo*. El Evangelio, enseña que todas las personas tienen una tarea que realizar en el mundo. Cada uno Le es útil a Dios; y aunque esté confinado en el lecho del dolor; el poder de su oración puede . seguir actuando en el mundo de la gente. (c) Aprende.que Le importa *a Dios*. Como dijo Mureto tiempo ha: « No llaméis indigno a ninguno .por quién Cristo murió.»

r : (m) El EvangelioAe trae al. rico un sentido nuevo de autodesprecio. El gran peligro de .la riqueza, es que tiende a darle a- la persona un falso sentido de seguridad. Se siente segura;, se e que tiene los recursos para enfrentarse con todo y para redimirse de cualquier situación adversa.

Santiago traza un cuadro pictórico que sería muy familiar en Palestina. En los descampados, si hay un chubasco alguna vez, brotan las delgadas hojas de la hierba verde; pero el ardor -del sol la agosta en un solo día como si no hubiera existido. El viento solano es el *kausón*, el viento abrasador del Sudeste, el simún. Venía derecho del desierto y se lanzaba sobre Palestina como la bocanada que sale de. un horno ardiendo cuando se abre la compuerta. En una hora quemaba la vegetación como si fuera papel de fumar.

Esa es la descripción de lo que sucede con una vida que depende de la riqueza. El que pone su confianza en la riqueza confía en algo que le pueden arrebatar los azares y avatares de la vida en cualquier momento. La misma vida es incierta. Detrás de las palabras de Santiago se encuentra la expresión poética de Isaías: «Toda criatura es hierba, y- toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita cuando el aliento del Señor sopla sobre ella; la gente no es más que hierba» (*Isaías 40: 6s; cp. Salmo 103:1 S*).

El mensaje de Santiago es que, si la vida es tan insegura y el hombre tan vulnerable, las calamidades y los desastres se nos pueden echar encima en cualquier momento. En ese caso, es estúpido poner toda nuestra confianza .en cosas, como la riqueza, que se pueden perder en cualquier momento. El sabio es el que pone su confianza en lo que. no se puede perder.

Así que Santiago exhorta al rico a que deje de confiar en lo que puede atesorar por su propio esfuerzo, a que reconozca su humana indefensión y ponga su confianza humildemente en Dios, Que es el único que no cambia y es para siempre.

LA CORONA DE LA VIDA

Santiago 1:12

¡Feliz el que se enfrenta con la prueba con firme constancia! Porque, cuando haya dado muestra de su auténtica valía, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que Le aman.

El que se enfrenta con la prueba como es debido tiene la felicidad aquí y en el más allá. >

(i) En esta vida da muestra de su auténtica valía. Eí *dókimos*; el metal auténtico sin mezcla de impurezas. Se ha templado su carácter, y surge de la prueba fuerte y puro.

(ii) En la vida venidera recibe la *corona de la vida*. Aquí se esconde más de lo que se ve. En el mundo antiguo; la corona (*stéfanos*) tenía por lo menos cuatro grandes asociaciones.

(a) La corona de flores se usaba en los días alegres, en las bodas y en las fiestas (*cp. Isaías 28:1s; Cantares 3:11*).

(b) La corona era el signo de la realeza, y la usaban los reyes. Algunas veces era de oro, y otras consistía en una banda de lino alrededor de la frente (*Salmo 21:3; Jeremías 13:181*;

(c) La corona de laurel era el premio del vencedor en los juegos, el más codiciado por los atletas (*cp. 2 Timoteo 4:8*):

(d) La corona era un emblema de honor y dignidad. La instrucción de los padres puede reportar una corona de gracia a los que la cumplen (*Proverbios 1: 9Y*; la sabiduría proporciona una corona de gloria (*Proverbios 4: 9*):

No tenemos que escoger entre esos sentidos; todos están incluidos. El cristiano tiene una *felicidad* que no tiene nadie más. La vida es para él como un estar siempre de fiesta. Participa de una *realeza* que nadie más conoce; porque; aunque sea humilde en la Tierra, es hijo de Dios. Tiene una *victoria* que otros no pueden ganar, porque se enfrenta con la vida y todas sus demandas con el poder conquistador de la presencia de Jesucristo. Tiene una nueva *dignidad*, porque se da cuenta de que Dios le valoró al precio de sangre de Jesucristo.

¿Qué es la corona? La *corona de la vida*. Y esa frase quiere decir *la corona que consiste en la vida*. La corona del cristiano es una nueva clase de vida que es la vida verdadera; mediante Jesucristo ha entrado en una vida más abundante.

Santiago dice que si el cristiano se enfrenta con las pruebas de la vida con la firme constancia que Cristo da, la vida se le convierte en algo infinitamente más espléndido que antes. La lucha es el camino a la gloria, y la misma lucha es ya gloria.

ECHARLE LAS CULPAS A DIOS

Santiago 1:13-1 S

Que nadie diga cuando es tentado: «¡Esta tentación es cosa de Dios!» Porque a Dios no Le puede tentar el mal, ni Él tienta a nadie. La tentación ataca a las personas cuando sus propios deseos les tienden la trampa y las seducen; luego el deseo concibe y da a luz el pecado, y cuando el pecado ha llegado a su pleno desarrollo genera la muerte.

Tras este pasaje se encuentra una idea judía a la que somos propensos todos en cierta medida. Santiago está corrigiendo aquí a los que Le echan las culpas de la tentación a Dios.

La teología hebrea se debatía ante la división interior que se da en todas las personas. Era el problema que acechaba a Pablo: < Me encanta la Ley de Dios en lo más íntimo de mi ser, pero descubro otra ley en mis miembros que le hace la guerra a la ley de mi mente y que me lleva cautivo a la ley del pecado que habita en mis miembros» (*Romanos 7:22s*). Hay dos fuerzas que tiran de la persona en sentidos opuestos. Simplemente como una interpretación de su experiencia personal, los judíos llegaron a la doctrina de las dos tendencias. Las llamaban *yétser ha-tób* y *yétser ha-rá*; *la tendencia al bien y la tendencia al mal*. Era una manera de plantear el problema, pero no de resolverlo. En particular, no decía de dónde procedía la tendencia al mal; así es que el pensamiento judío se propuso explicarlo.

El autor del *Eclesiástico* estaba profundamente impresionado con la confusión que crea la tendencia al mal. < ¡Oh, *Yétser ha-Rál*, ¿por qué se te permitió llenar la Tierra con tus engaños?» (*Eclesiástico 37:3*). Según su punto de vista, la tendencia al mal venía de Satanás, y la defensa del hombre era su propia razón. «Dios hizo al hombre en el principio, y le entregó en manos del que le hizo su presa. Le dejó en poder de su albedrío.

Si es tu voluntad, observarás los mandamientos, y la fidelidad depende de lo que tú quieras» (*Eclesiástico 15:14s*).

Había autores judíos que remontaban esta tendencia al mal al Jardín del Edén. En el libro apócrifo *Vida de Adán y Eva* se cuenta así la historia: Satanás tomó la forma de un ángel y, hablando por medio de la serpiente, puso en Eva el deseo del fruto prohibido y la hizo jurar que también le daría el fruto a Adán. < Cuando me hizo jurarlo -decía Eva- se subió al árbol. Pero en el fruto que me dio a comer *puso el veneno de su malicia*, es decir, de su concupiscencia. Porque la concupiscencia es el principio de todo pecado. E inclinó la rama hacia la tierra, .y yo tomé el fruto y lo comí.» Aquí fue el mismo Satanás el que consiguió introducir la tendencia al mal en el hombre, que se identifica con la concupiscencia de la carne. Un desarrollo posterior de la historia fue que el principio de todo pecado fue el deseo que Satanás tenía de Eva.

El Libro de Enoc tiene dos teorías. Una es que los ángeles caídos fueron los responsables del pecado (85). La otra, que el responsable fue el mismo hombre. « El pecado no se envió a la Tierra, sino que el mismo hombre lo creó» (98:4).

Pero, todas esas teorías simplemente empujan el problema otro paso más atrás. Satanás puede que pusiera la tendencia al mal en la persona humana; o lo hicieron los ángeles caídos; o puede haber sido el mismo ser humano el que se lo introdujo. Pero, ¿de dónde procede *en última instancia*?

Para resolver este problema, algunos rabinos dieron un paso atrevido y peligroso. Arguyeron que, como Dios había creado todas las cosas, tiene que haber creado también la tendencia al mal. De ahí los dichos rabínicos «Dios dijo: «Me arrepiento de haber creado la tendencia al mal en el hombre; porque, si no lo hubiera hecho, no se habría rebelado contra Mí. Yo creé la tendencia al mal, creé la Ley como un remedio. Si te ocupas de la Ley, no caerás en su poder. Dios colocó la tendencia al bien en la mano derecha del hombre, y la tendencia al mal en su izquierda.» El peligro es obvio. Quiere decir que en último análisis el hombre puede echarle las culpas a Dios por su propio

pecado. Puede decir, como dijo Pablo: < Ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en uní» (*Romanos 7:15-24*). De todas las doctrinas extrañas, la más extraña es la que hace a Dios responsable del pecado en última instancia.

LA EVASIÓN DE LA RESPONSABILIDAD

Santiago 1:13-15 (conclusión)

Desde el principio del tiempo, el instinto del hombre lea sido echarle las culpas de su pecado a otro. El antiguo autor que escribió la historia del primer pecado en el Jardín del Edén era un psicólogo estupendo con un conocimiento profundo del corazón humano. Cuando Dios enfrentó a Adán con su primer pecado, la respuesta de Adán fue: «La mujer que me diste para que estuviera conmigo me dio del árbol, y por eso lo comí.» Y cuando Dios enfrentó a la mujer con su acción, Le contestó: «Fue la serpiente la que me engañó para que comiera.» Adán dijo: « Yo no tengo la culpa. Fue Eva.» Y Eva dijo: « Yo no tengo la culpa. Fue la serpiente» (*Génesis 3:12s*).

Los humanos siempre hemos sido expertos en el arte de la evasión. Les echamos las culpas a las circunstancias, a los demás, hasta a nuestro propio temperamento, por el pecado del que somos culpables.

Santiago reprende firmemente ese punto de vista. Para él, lo único que es responsable del pecado son los malos deseos de cada uno. El pecado sería inoperante si no hubiera nada en la persona a lo que apelara. El deseo es siempre algo que se puede alentar o rechazar. Se puede controlar y hasta, por la gracia de Dios; eliminar, si no se deja para mañana. Pero si dejamos que los pensamientos se nos vayan por ciertos senderos, y los pasos nos lleven a ciertos lugares, y los ojos se fijen en ciertas cosas... fomentamos el deseo. Uno siempre puede entregarse a Cristo y ocuparse de cosas buenas tan totalmente que no le quede ni tiempo ni sitio para los malos

pensamientos. Es para los desocupados para los que Satanás encuentra faenas que hacer. Son la mente indisciplinada y el corazón no comprometido los que son vulnerables. Si se alienta el deseo suficientemente, seguro que traerá consecuencias. El *deseo engendra la acción*.

Además, la enseñanza judía decía que el pecado produce la muerte. *La vida de Adán y Eva* cuenta qué, en cuanto Eva comió el fruto, percibió un atisbo de la muerte. La palabra que usa Santiago en el versículo 15, y que la versión Reina-Valera traduce *engendra* (1909) o *da a luz la muerte* (1960) es la palabra que se usa con los animales cuando *desovan o paren*. Dominado por el deseo, el hombre se rebaja al nivel de la creación irracional.

El gran valor de este pasaje está en que atribuye al hombre su verdadera responsabilidad por el pecado. Ninguno nacemos libres de deseos por cosas prohibidas; y, si animamos y alimentamos esos deseos hasta que llegan a ser grandes y monstruosamente fuertes, desembocarán inevitablemente en acciones que son pecado -y ese es el camino que conduce a la muerte. Esta idea -y toda la experiencia humana admite que es verdad- debe lanzarnos a los brazos de la gracia de Dios, que es lo único que nos puede hacer y mantener limpios, y que está al alcance de todos.

LA CONSTANCIA DE DIOS EN EL BIEN

Santiago 1:1(-18)

Queridos hermanos, no os engaños: todos los dones buenos y los beneficios perfectos nos bajan del Padre de las luces, en Quien no hay la mutabilidad que procede de las sombras fugaces. De acuerdo con Su plan nos ha dado la vida por medio de la Palabra de la verdad para que llegáramos a ser, como si dijéramos, las primicias de las cosas creadas.

Una vez más Santiago hace hincapié en la gran verdad de que todos los dones que Dios envía son buenos. El versículo 17 podría traducirse: < Todo dar es bueno. > Es decir, que no hay nada que venga de Dios que no sea bueno.

La frase que hemos traducido por «todos los dones buenos y los beneficios perfectos» es, de hecho, un perfecto verso exámetro en poesía. O Santiago tenía un sentido extraordinario del ritmo poético, ó está citando aquí no sabemos de dónde.

En lo que está insistiendo es en la inmutabilidad de Dios. Para ello hace uso de dos términos de astronomía. La palabra que usa para *mutabilidad* es *paralagué*, y la palabra para *las sombras fugaces* es *tropé*. Las dos palabras expresan los cambios de los cuerpos celestes, las variaciones en la duración del día y de la noche, en el recorrido del Sol, las fases de la Luna, las diferencias de brillo de las estrellas y los planetas en diferentes épocas. La variabilidad es una característica de todas las cosas creadas. Dios es el Creador de las lumbreras celestes. La oración judía de la mañana dice: «Bendito sea el Señor Dios, que ha hecho las lumbreras.» Estas cambian, pero el Que las ha hecho no.

El propósito de Dios es la manifestación de Su gracia. *La Palabra de la verdad* es el Evangelio; y el propósito de Dios al enviarlo es que el hombre nazca de nuevo a una nueva vida. Las sombras desaparecen cuando la Palabra de verdad aparece.

Ese nuevo nacimiento nos introduce en la familia y propiedad de Dios. En el Antiguo Testamento era ley el que todos los primeros frutos eran consagrados a Dios. Se Le ofrecían a Dios en un culto de acción de gracias, porque Le pertenecían. Así que, cuando nacemos de nuevo por la Palabra verdadera del Evangelio, pasamos a ser propiedad de Dios, como se hacía con los primeros frutos de la cosecha.

Santiago insiste en que, lejos de tentar al hombre, los dones de Dios son invariablemente buenos. En todos los azares y avatares de un mundo cambiante, nunca cambian. Y el fin supremo de Dios es re-crear la vida mediante la verdad del Evangelio para que la humanidad sepa que Le pertenece a Él.

Todo esto ya lo sabíais, queridos hermanos. Que cada cual esté siempre dispuesto para oír, pero se lo piense cuando debe hablar y no se precipite cuando esté indignado; porque la ira del hombre no produce la justicia que quiere Dios.

Ha habido pocos sabios- que no se hayan dado cuenta de los peligros que entraña el estar demasiado dispuestos para hablar y demasiado poco para escuchar. Se podría trazar una lista interesante de cosas en las que es mejor ser rápido y de cosas es las que es mejor ser lento. En *Los dichos de los padres* de la *Mishná* leemos: «Hay cuatro clases de discípulos: los rápidos para escuchar y rápidos para olvidar (lo que ganan por un lado lo pierden por otro); lentos para escuchar y lentos para olvidar (compensan lo que pierden con lo que ganan); rápidos para escuchar y lentos para olvidar (esos son los sabios), y lentos para escuchar y rápidos para olvidar (no valen para nada).» Ovidio recomendaba a los hombres que fueran lentos para castigar, pero rápidos para preñar. Filón aconsejaba a un hombre que fuera rápido para beneficiar a los demás, y lento para hacerles ningún daño.

En particular, a los sabios les impresionaba la necesidad de ser lentos para hablar. Rabí Simeón decía: «Todos mis días he crecido entre los sabios, y no he encontrado nada tan bueno para un hombre como el silencio... El que multiplica las palabras da ocasión al pecado.» Jesús ben Sirá escribe: « Sé rápido para escuchar la palabra para poder entender.. Si tienes entendimiento, responde a tu vecino; si no, tápate la boca con la mano, no sea que se te sorprenda en una palabra impertinente y quedas mal» (*Eclesiástico S:lls*). *Proverbios* está lleno de los peligros de precipitarse a hablar. «Cuando se multiplican las palabras, no falta la transgresión; pero el prudente refrena

sus labios» (10:19). < El que controla la boca conserva la vida; él que abre los labios más de la cuenta acaba en ruina» (13:3). «Hasta a un necio que guarda silencio se le toma por sabio» (17:28). «¿Te fijas en el que se precipita a hablar? Más se puede esperar de un tonto que de él» (29:20).

Hort dice que el que es bueno de veras está más deseoso de escuchar a Dios que de pregonar sus opiniones gárrula, estridente y arrogantemente. Los autores clásicos tenían la misma idea. Zenón decía: «Tenemos dos orejas, pero una sola boca para que aprendamos a oír más y hablar menos.» Cuando le preguntaron a Demonax cómo se podía gobernar mejor, contestó: «Sin ira, hablando poco y escuchando mucho.» Bías decía: « Si aborreces el hablar precipitadamente, no caerás en el error.» Una vez alabaron a un gran lingüista diciendo que podía guardar silencio en siete idiomas diferentes. Muchos de nosotros haríamos bien en hablar menos y escuchar más.

El consejo de Santiago es que también debemos ser *lentos para indignarnos*. Probablemente está saliendo al paso de algunos que dicen que a veces tienen que ponerse incandescentes de ira para reprender o denunciar el mal. Y hay mucho de verdad en eso, porque el mundo estaría peor todavía sin los que exponen y condenan los abusos y las tiranías del pecado. Pero demasiado a menudo se despotrica petulantemente y con una actitud intolerante y condenatoria.

El maestro tiene la tentación de enfadarse con los lentos y torpes, y todavía más con los perezosos. Pero, excepto en las más raras ocasiones, conseguirá mejores resultados animando que azotando, aunque sea sólo con la lengua. *El predicador* tendrá la tentación de enfurecerse. Pero « ¡No eches la bronca!» es un buen consejo que se le puede dar siempre, porque perderá su autoridad siempre que deje de mostrar con sus gestos o sus palabras que ama a su gente. Cuando la ira en el púlpito da la impresión de disgusto o desprecio, no puede convertir las almas. *Los padres* tienen la tentación de ponerse furiosos; pero eso es más probable que produzca una actitud más testaruda de resistencia a dejarse controlar o dirigir. El acento del amor

tiene siempre más poder que el de la ira; y cuando la ira se convierte en una constante irritación y en un disgusto petulante, hace más mal que bien.

El ser lentos para hablar, lentos para airarnos, prontos para escuchar, es siempre una buena táctica en la vida.

EL ESPÍRITU DÓCIL

Santiago 1:21

Así que despojaos de toda inmundicia y excrecencia de vicio, y recibid con gentileza la Palabra implantada que puede salvar vuestras almas.

Santiago usa una serie de palabras y figuras gráficas.

Les dice a sus lectores que se despojen de todos los vicios e inmundicias. La palabra que usa para *despojarse* es la que se usa para *quitarse la ropa*. Exhorta a sus lectores a que se desembaracen de toda corrupción como el que se quita de encima una ropa asquerosa, o como la serpiente que se desembaraza de la, piel vieja.

Las dos palabras que usa para *inmundicia* son gráficas. La que hemos traducido por *inmundicia* es *ryparía*; se puede referir a la suciedad que mancha la ropa y ensucia el cuerpo; pero tiene otra connotación muy interesante. Se deriva de *rypos*; y *cuando* *rypos* se usa en un contexto médico quiere decir el cerumen de los oídos. Es posible que tenga aquí ese sentido; y entonces sería que Santiago está diciendo a sus lectores que se limpien de todo lo que les cierre los oídos a la verdadera Palabra de Dios. Cuando se acumula la cera en los oídos puede dejarle a uno sordo; y los pecados pueden hacer que una persona sea insensible a la voz de Dios. Además, Santiago habla de la *excrecencia (perisseía)* del vicio. Piensa en el vicio como un crecimiento canceroso que hay que cortar para salvar la vida.

Les exhorta a recibir *la palabra implantada* con gentileza. La palabra para *implantada*, es *émfytos*, que tiene dos significados principales.

(i) Puede querer decir *congénita o innata*, lo contrario de adquirida. Si Santiago la usaba en ese sentido estaba pensando lo mismo que Pablo cuando decía que los gentiles hacen las obras de, la ley de una manera natural porque tienen una especie de ley en sus corazones (*Romanos 2:14s*); es la misma figura que encontramos en el Antiguo Testamento de la ley «muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón» (*Deuteronomio 30:14*). Es prácticamente lo mismo que nuestra palabra *conciencia*. Si es este el sentido aquí, Santiago está diciendo que hay un conocimiento instintivo del bien y del mal en el corazón humano cuya dirección deberíamos obedecer siempre.

(ii) Puede querer decir *implantada*, como la semilla que se planta en el suelo. En *4 Esdras 9:31* leemos que Dios dice: «Mirad: Yo planto Mi ley en vosotros, y seréis glorificados en ella para siempre.» Si Santiago está usando esta palabra en este sentido, la idea se remontaría a la Parábola del Sembrador (*Mateo 13:1-8*), que nos dice que la semilla de la Palabra se siembra en los corazones. Por medio de los profetas y de los predicadores, y sobre todo por medio de Jesucristo, Dios siembra Su verdad en los corazones, y los que son sabios la reciben y la aceptan.

Puede muy bien ser que no se requiera de nosotros que escojamos uno de los dos significados. Puede que Santiago implique que el conocimiento de la verdadera Palabra de Dios nos viene de dos fuentes: de lo profundo de nuestro ser, y del Espíritu de Dios y la enseñanza de Cristo y la predicación de los hombres. De dentro y de fuera de nosotros nos llegan las voces que nos indican el Camino; y los sabios las escuchan y obedecen.

Se ha de recibir la Palabra con *gentileza*. *Gentileza* es un intento de traducir la palabra intraducible *praytés*. Es una gran palabra griega que no tiene equivalente exacto en español. Aristóteles la definía como el término medio entre la ira ex-

cesiva y la excesiva pasividad; es la cualidad de la persona que tiene sus emociones y sentimientos bajo perfecto control. Andrónico de Rodas, comentando a Aristóteles, escribe: «*Praytés* es moderación en relación con la ira... Se podría definir como la serenidad y la capacidad para no dejarse llevar por las emociones, sino controlarlas como dicta la correcta razón.» Las *Definiciones* platónicas dicen que *praytés* es la regulación del movimiento del alma causado por la ira. Es el temperamento (*krasis*) de un alma en la que todo está mezclado en la debida proporción.

No se podría encontrar una palabra española para traducir lo que es un sumario en una sola palabra del espíritu dócil, *que se deja enseñar*. Ese espíritu es *dócil y tratable* y, por tanto, suficientemente humilde para aprender. El espíritu dócil *no tiene resentimiento ni ira* y es, por tanto, capaz de enfrentarse con la verdad hasta cuando hiere y condena. El espíritu dócil no se deja cegar por sus propios *prejuicios* dominantes, sino percibe la verdad con mirada limpia. El espíritu dócil no se deja seducir por *la pereza*, sino está tan controlado que puede aceptar voluntaria y fielmente la disciplina del aprendizaje. *Praytés* describe la perfecta conquista y control de todo lo que hay en la naturaleza humana que sería un obstáculo para ver, aprender y obedecer la verdad.

OÍR Y HACER

Santiago 1:22-24

Demosttrad que sois realizadores del Evangelio, y no sólo oidores; porque los que creen que con oír ya es bastante se engañan a sí mismos. Porque, si uno oye el Mensaje y no actúa en consecuencia, es como el que se mira en el espejo la cara que le dio la naturaleza; le echa una ojeada y se va, y se olvida en seguida de la clase de hombre que es.

De nuevo nos presenta Santiago con su maestría pictórica próbada dos de sus cuadros gráficos. Lo primero de todo, nos presenta al que va a la reunión de la iglesia, y oye la lectura y la exposición del Evangelio, y cree que con eso ya es cristiano. Tiene los ojos cerrados al hecho de que lo que se lee y se oye en la iglesia tiene que vivirse. Todavía se suele identificar el ir a la iglesia y el leer la Biblia con el Cristianismo, pero eso no es ni la mitad del camino. Lo realmente importante es trasladar a la acción lo que hemos escuchado.

En segundo lugar, Santiago dice que esa persona es como la que se mira en el espejo -los espejos no se hacían entonces de vidrio, sino de metal pulimentado--, ve los defectos que le desfiguran el rostro y desmelenan el cabello, y se va y se olvida de su aspecto, así es que no hace nada para mejorar. Al escuchar la Palabra de la verdad se le revela a uno cómo es y cómo debería ser. Ve lo que está mal; y lo que tiene que hacer para remediarlo; pero, si no hace más que oír, se queda como estaba, y no le ha servido de nada.

Santiago nos recuerda que lo que oímos en la iglesia lo tenemos que vivir fuera -o no tiene sentido que lo oigamos.

LA VERDADERA LEY

Santiago 1:25

El que mira a fondo la perfecta ley, que es aquella en cuyo cumplimiento se encuentra la libertad, y se mantiene en ella y da muestras de no ser un oidor olvidadizo sino un realizador activo del Mensaje, ese recibirá bendición en todo lo que haga.

Esta es la clase de pasaje jacobeo que desagradaba tanto a Lutero. Le desagradaba la idea de la ley; porque habría dicho con Pablo: < ¡Cristo acabó con la ley! > (*Romanos 10:4*). < Santiago dice Lutero- nos arrastra otra vez a la ley y a las

obras.» Y, sin embargo, no hay duda, Santiago tiene razón en un sentido. Hay una ley ética que el cristiano tiene que esforzarse por cumplir. Esa ley se encuentra primero en los Diez Mandamientos; y también en las enseñanzas de Jesús.

Santiago llama dos cosas a esta ley.

(i) La llama *perfecta ley*. Hay tres razones por las que la ley es perfecta. (a) Es la ley de Dios, promulgada y revelada por Él. La manera de vivir que Jesús estableció para Sus seguidores está de acuerdo con la voluntad de Dios. (b) Es perfecta porque no se puede mejorar. La ley evangélica es la ley del amor; y no se pueden satisfacer plenamente las demandas del amor. Cuando amamos a alguien, sabemos muy bien que aunque, le diéramos todo el mundo y estuviéramos a su servicio toda la vida, no nos daríamos, por satisfechos o consideraríamos que merecemos su amor. (c) Pero queda otra razón. La palabra griega *téleios* casi siempre describe la perfección con vistas a un fin determinado. Ahora bien, si una persona obedece la ley de Cristo, cumple el propósito para el que Dios la puso en el mundo; es la persona que debe ser, y hace la contribución que le corresponde hacer al mundo. Es perfecta en el sentido de que, obedeciendo la ley de Dios, cumple el destino que Dios le había asignado.

(ii) La llama *ley de libertad*; es decir: la ley en cuyo cumplimiento se encuentra la verdadera libertad. Todos los grandes hombres han estado siempre de acuerdo en que es sólo cuando se obedece la ley de Dios cuando se es libre de veras. < El obedecer a Dios -decía Séneca- es la libertad.> «Sólo el sabio es libre -decían los estoicos- y todos los ignorantes son esclavos.» Filón decía: «Todos los que están sometidos a la tiranía de la ira o del deseo o de cualquier otra pasión son esclavos totales; los que viven con ley son libres.» Cuando uno tiene que obedecer a sus pasiones, emociones y deseos, no es más que un esclavo. Es cuando acepta la ley de Dios cuando es libre -porque es entonces cuando es libre para ser lo que debe ser. Su servicio es la perfecta libertad, y en hacer Su voluntad está nuestra paz.

EL VERDADERO CULTO

Santiago 1:26-27

Si hay alguien que se tenga por muy religioso porque le da rienda suelta a la lengua, el servicio que Le presta a Dios es una cosa vacía, aunque él crea lo contrario. Este es el culto puro y limpio como Dios Padre lo ve: proveer para los huérfanos y las viudas, y mantenerse limpio de los contagios del mundo.

Debemos tener cuidado de entender lo que dice aquí Santiago. La versión Reina-Valera traduce la frase el principio del versículo 27: < La religión pura y sin mácula.> La palabra que se traduce por *religión* es *thréskeía*, que quiere decir más bien *el culto* en el sentido de la expresión externa de la religión en el ritual y la liturgia y la ceremonia. Lo que quiere decir Santiago es: < El ritual más apropiado y la liturgia más elevada que se le pueden ofrecer a Dios son el servicio a los pobres y la pureza personal.> Para él el culto verdadero no consistía en túnicas elaboradas o en música impresionante o en cultos cuidadosamente organizados, sino en el servicio práctico a la humanidad y en la pureza de la propia vida personal. Es perfectamente posible, desgraciadamente, que una iglesia esté tan pendiente de la belleza de sus edificios y el esplendor de su liturgia que no le quede tiempo ni dinero para el servicio cristiano práctico; y eso es lo que Santiago condena.

De hecho, Santiago condena lo mismo que habían condenado los profetas mucho tiempo antes. «Dios -había dicho el salmista- es Padre de huérfanos y defensor de viudas» (*Salmo 68: S*). La denuncia de Zacarías era que la gente se encogía de hombros y cerraba el corazón a cal y canto a las exigencias de la verdadera justicia, a tener misericordia y compasión de sus semejantes, a no oprimir a las viudas, los huérfanos, los forasteros y los pobres, y a no albergar malos pensamientos contra los demás en el corazón (*Zacarías 7:6-10*). Y Miqueas

proclamaba que todos los sacrificios rituales eran inútiles cuando no se hacía justicia, ni se amaba la misericordia ni se caminaba humildemente delante de Dios (*Miqueas 6:6-8*).

A lo largo de toda la Historia, los pueblos han tratado de hacer del ritual y la liturgia el sustituto del sacrificio y del servicio. Han hecho de la religión una cosa espléndida *dentro* de los templos, a expensas de olvidarla *fuera*. Esto no es decir ni mucho menos que sea nada malo ofrecerle a Dios el culto más noble y espléndido en la casa de Dios; pero sí es decir que el culto se convierte en algo vacío e inútil a menos que mande a los adoradores al mundo a amar a Dios amando a sus semejantes y a conducirse con más limpieza frente a las diversas tentaciones del mundo.

HACER DISCRIMINACIÓN

Santiago 2:1

Hermanos, no podéis creer que tenéis fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo, y sin embargo seguir haciendo discriminaciones.

La frase «hacer acepción de personas» se encuentra frecuentemente en muchas biblias; quiere decir obrar con parcialidad a favor de alguien porque es rico o influyente -o popular. Es una falta que toda la Biblia condena insistentemente. Los líderes ortodoxos judíos no tuvieron más remedio que admitir que Jesús no hacía acepción de personas (*Lucas 20:21; Marcos 12:14; Mateo 22:16*). Después de la visión del lienzo con animales limpios e inmundos, Pedro aprendió que Dios no hace acepción de personas (*Hechos 10:34*). Pablo estaba convencido de que los judíos y los gentiles reciben el mismo juicio de Dios, porque Dios no tiene favoritos (*Romanos 2:11*). Esta es una verdad en la que Pablo insiste a menudo (*Efesios 6:9; Colosenses 3:25*).

La palabra original es curiosa: *prosópolémpsía*. El nombre viene de la expresión *prosópon lambánein*. *Prosópon* es *la cara*; y *lambánein* quiere decir aquí *levantar*. La expresión griega es una traducción literal de la hebrea *nasá panim*, que quiere decir exactamente lo mismo. El levantar la cara de alguien, en lugar de hacer *que bajara la cabeza* o que *se le cayera la cara de vergüenza*, era tratarle favorablemente.

En su origen no era una expresión mala. Simplemente quena decir *aceptar a una persona como buena*. Malaquías pregunta si al gobernador le caerán bien y aceptará *las personas* de los que le traigan regalos indignos (*Malaquías 1:8s*). Pero la expresión adquirió rápidamente un sentido malo. Pronto llegó a significar, no tanto el favorecer a una persona como el mostrar favoritismo, dejarse uno influir indebidamente por la posición social, el prestigio, el poder o la riqueza de una persona. Malaquías pasa a condenar ese mismo pecado cuando Dios acusa a Su pueblo de no cumplir Sus leyes y de ser *parciales en sus juicios* (*Malaquías 2: 9*). La gran característica de Dios es Su absoluta imparcialidad. En la ley estaba escrito: «No cometerás injusticia, en el juicio, ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo» (*Levítico 19:15*). Aquí se hace hincapié en algo que es de capital importancia. Un juez puede ser injusto, tanto por someterse al poderoso, como para presumir de, favorecer al pobre. «El Señor -decía Ben Sirá- es Juez, y no hace acepción de personas» (*Eclesiástico 35:12*).

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento condenan la parcialidad en el juicio y el favoritismo en el trato que proviene de darle una importancia indebida a la posición social, riqueza o influencia. Y es una falta a la que todos somos más o menos propensos. «El rico y el pobre se encontraron; a ambos los hizo el Señor» (*Proverbios 22:2*). «No está bien -dice Ben Sirá- despreciar al pobre que tiene entendimiento; ni tampoco engrandecer al pecador porque tiene dinero» (*Eclesiástico 10:23*). Haremos bien en recordar que es tan discriminatorio consentir a la multitud como doblegarse al tirano.

EL PELIGRO DE LA CURSILERÍA
EN LA IGLESIA

Santiago 2:2-4

Porque, si entra uno en vuestra reunión con todos los dedos llenos de anillos de oro y vestido con ropa elegante, y entra otro pobre vestido de cualquier manera, y os deshacéis en atenciones con el elegante y le decía:

-¿Hace usted el favor de acomodarse aquí?

Y al pobretón le decís:

-¡Tú quédate ahí de pie! -0-: ¡Ponte en cuclillas en el suelo por debajo de mi estrado!

Al obrar así, ¿no habéis hecho discriminación con vuestra actitud, y os habéis erigido en jueces movidos por malos pensamientos?

Santiago temía que el esnobismo pudiera invadir la iglesia. Traza la caricatura de dos hombres que entran en la reunión, uno vestido lujosamente y con los dedos llenos de anillos de oro, y el otro; como podía. Los más ostentosos- llevaban anillos en todos los dedos menos el corazón, y hasta más de uno en cada dedo. A veces hasta alquilaban anillos para lucirlos cuando querían dar la impresión de que eran muy, ricos. «Adornamos nuestros dedos con anillos --decía Séneca-, y nos colocamos joyas hasta en los nudillos.» Clemente de Alejandría recomendaba que los cristianos no llevaran más que un anillo, y en el dedo meñique. Debería llevar algún emblema cristiano, como una paloma, un pez o un ancla; y se podría justificar su uso si servía de sello.

Llega a la reunión un tipo elegante con más anillos que dedos. Y llega también un pobre, con la única ropa que tiene y sin joyas ni adornos: Al rico se le acomoda ceremoniosa y respetuosamente en un lugar especial, mientras que al pobre se le dice que se quede de pie o que se ponga en cuclillas en algún rincón; no se le ofrece ni un taburete para sentarse.

No daremos por sentado que se trata de una exageración si nos fijamos en las indicaciones que se dan en algunos libros de orden eclesiástico. Ropes cita un pasaje típico del tratado etíope *Estatutos de los apóstoles*: < Si entra un hombre o una mujer vestidos lujosamente, ya sean del lugar o de fuera, que son hermanos, tú, presbítero, cuando expongas la Palabra de Dios o cuando leas, no hagas discriminación ni abandones tu ministerio para asegurarte de que se les asignan buenos sitios, sino quédate tranquilo, que ya los recibirán los hermanos; y si no queda sitio, cualquiera que tenga amor a los hermanos se levantará y les dejará el suyo... Y si un pobre o una pobre del distrito o de fuera entrara y no hubiera sitio para ellos, tú, presbítero, búscalos un lugar de todo corazón, aunque tengas que ser tú el que se siente en el suelo, para que no se le dé la máxima importancia a nadie nada más que a Dios.> Aquí tenemos la misma escena. Hasta se sospecha que el que esté dirigiendo el culto se sienta inclinado a interrumpirlo para llevar al recién llegado rico a un sitio honorable.

No cabe duda que habría. problemas sociales en la Iglesia Primitiva. La iglesia era el único lugar del mundo antiguo en el que no existían diferencias. Al principio tiene que haber habido alguna timidez inicial cuando el amo se sentaba en el mismo banco que su esclavo, o cuando llegaba el amo y se encontraba que era su esclavo el que estaba dirigiendo el culto y administrando los sacramentos. La sima entre el esclavo -que para la ley no era más que una herramienta viva- y el amo era tan profunda que causaría problemas por los dos lados. Además, en sus principios la Iglesia era predominantemente pobre y humilde; y por tanto, si un rico se convertía e incorporaba a la comunión fraternal, existiría la tentación de darle importancia y tratarle como un trofeo especial del Señor.

La iglesia debe ser el único lugar en el que desaparecen todas esas diferencias. No puede haber diferencias de rango y prestigio cuando las personas se reúnen en presencia del Rey de la gloria. No puede haber diferencias de méritos cuando las personas se reúnen en la presencia de la suprema santidad de

Dios. En Su presencia, todas las diferencias terrenales son menos que polvo, y toda dignidad humana como trapos de inmundicia. En la presencia de Dios, la humanidad es solo una.

En el versículo 4 hay un problema de traducción. La palabra *diakrithéte* puede tener dos significados. (i) Puede querer decir: «Estás dando bandazos en tus juicios si actúas de esa manera.» Es decir. « Si tratas con más honores a los ricos, estás vacilando entre las escala de valores del mundo y la de Dios, y no puedes estar seguro de cuál es la que debes aplicar.» (ii) O puede querer decir: «Eres culpable de hacer diferencias de clase, que no deben existir en la comunidad cristiana.» Preferimos el segundo significado, porque Santiago pasa a decir: « Si obráis así, sois como jueces que tienen malos pensamientos.» Es decir: «Estáis quebrantando el mandamiento del Que dijo: «No juzguéis, y no seréis juzgados» (Mateo 7:1).

LA RIQUEZA DE LA POBREZA Y LA POBREZA DE LA RIQUEZA

Santiago 2:5-7

Escuchadme bien, queridos hermanos: ¿Es que no fue a los que son pobres según el mundo a los que Dios escogió para que sean ricos por su fe y herederos del Reino que ha prometido a los que Le aman? ¿Y vosotros despreciáis a los pobres? ¿Es que no son precisamente los ricos los que os oprimen, y os arrastran a los tribunales? ¿Y no son ellos los que blasfeman el Nombre glorioso por el que habéis sido llamados?

«Dios -decía Abraham Lincoln- tiene que querer mucho a las personas sencillas, porque ha hecho un montón.» El Evangelio siempre ha concedido prioridad a los pobres. En el primer sermón de Jesús en la sinagoga de Nazaret, su proclama fue: « ¡Dios me ha ungido para que les anuncie la Buena

Noticia a los pobres!» (Lucas 4:18). Su respuesta a la pregunta del perplejo Juan de si era Él el Escogido de Dios culminó en la afirmación: « ¡Y a los pobres se les proclama el Evangelio!» (Mateo 11:5). La primera de las Bienaventuranzas fue: « ¡Bienaventurados los pobres- en espíritu, porque suyo es el Reino del Cielo!» (Mateo 5:3). Y Lucas es aún más concreto: «¡Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios!» (Lucas 6:20). Durante el ministerio de Jesús, cuando Le cerraron las puertas de las sinagogas y salió a los caminos, los cerros y las costas, fue a las multitudes de hombres y mujeres corrientes a los que dirigió Su mensaje. En los días de la Iglesia Primitiva era a las multitudes , a las que se dirigían los predicadores callejeros. De hecho, el Evangelio proclamaba que eran los que no les importaban a los poderosos ni a los ricos los que Le importaban supremamente a Dios. «Porque, hermanos, tened presente quiénes sois los que Dios ha llamado -decía Pablo-: no había muchos entre vosotros que fuerais lo que el mundo considera sabios, o poderosos, o aristócratas» (1 Corintios 1:26).

No es que Cristo y la Iglesia no quieran a los grandes y a los ricos y a los sabios y a los poderosos; tenemos que estar en guardia contra la cursilería contraria, como ya hemos visto. Pero estaba claro que el Evangelio ofrecía tanto a los pobres y exigía tanto de los ricos que eran los pobres los que estaban más dispuestos a entrar en la iglesia. Era también la gente corriente la que escuchaba a Jesús de buena gana, y el joven rico el que se retiró con tristeza, porque tenía muchas posesiones. Santiago no les cierra la puerta a los ricos ni mucho menos; _ está diciendo que el Evangelio de Cristo les resulta especialmente atractivo a los pobres, porque son bien recibidos los que no tenían a nadie que los recibiera, y porque se sienten apreciados los que el mundo considera que no valen nada.

En la sociedad en la que vivía Santiago, los ricos oprimían a los pobres. Los arrastraban a los tribunales, probablemente por deudas. En el límite inferior de la escala social la gente era

tan pobre que a duras penas podía vivir, y los prestamistas eran abundantes y despiadados. En el mundo antiguo existía la costumbre del arresto sumario. Si un acreedor se encontraba con un deudor en la calle, le podía agarrar por el cuello de la ropa, casi ahogándole, y llevarle a rastras literalmente al tribunal. Eso era lo que los ricos hacían con los pobres. No tenían compasión; querían hasta el último céntimo. No es la riqueza lo que condena Santiago, sino la conducta de los ricos despiadados.

Eran los ricos los que blasfemaban el Nombre que invocaban los pobres. Tal vez se refiera al nombre de *cristianos* que los de Antioquía les pusieron de mote burlesco a los seguidores de Cristo; o puede que fuera el nombre de Cristo que se pronunciaba sobre los cristianos en el bautismo. La palabra que usa Santiago es *epikaléisthai*, que era la que se usaba cuando una mujer tomaba el nombre del marido al casarse, o un chico, al que se ponía el nombre del padre cuando le reconocía. El cristiano toma el nombre de Cristo; se llama *cristiano* por su relación con *Cristo*, como si en el bautismo naciera y fuera reconocido como miembro de la familia de Cristo.

Los ricos y los amos tendrían muchas razones para injuriar el nombre de cristiano. Un esclavo que se hacía cristiano daba muestras de una nueva *independencia*; ya no se arrastraría ante el poder de su amo, el castigo dejaría de atemorizarle y aparecería ante el amo revestido de una nueva personalidad. Tendría una nueva *honradez*. Eso le haría mejor hasta como esclavo, pero querría decir que ya no sería un instrumento dócil de su amo para las acciones bajas y miserables como tal vez lo había sido antes. Tendría un nuevo sentido de *la adoración*; e insistiría en dejar su trabajo temporalmente el Día del Señor para ir al culto con el pueblo de Dios. Al amo no le faltarían razones para insultar el nombre de cristiano y para maldecir a Cristo.

LA LEY DEL REINO DE DIOS

Santiago 2:8-11

Si cumplís de veras la ley regia como se encuentra en la Escritura: «Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo,» hacéis bien. Pero si hacéis discriminación con las personas, cometéis pecado y sois culpables de haber quebrantado la ley. Porque, si una persona cumple toda la ley a excepción de un solo punto en el que falla, es culpable de haber quebrantado la ley en general. Porque el Que dijo: «No cometas adulterio,» también dijo: «No mates.» Si no cometes adulterio pero matas, ya eres transgresor de la ley.

La conexión de este pensamiento con el anterior es la siguiente: Santiago ha condenado la actitud de los que tratan con un respeto especial a los ricos que entran en su iglesia.

-Pero -podrían contestarle-, la ley me manda amar a mi prójimo como a mí mismo. Por tanto, tenemos la obligación de recibir cortésmente a los que vienen a la iglesia.

-Está bien -responde Santiago-; si tratas con cortesía a esa persona porque la amas como a ti mismo, y le das la bienvenida que querrías que te dieran a ti en su caso, eso está bien. Pero, si le das una bienvenida especial porque es rico, ese acto de discriminación es pecado, y lejos de estar guardando la ley, lo que estás haciendo es quebrantarla. Tú no amas a tu prójimo; porque no tratarías con desprecio al pobre si le amaras. Lo que amas es la riqueza... ¡y eso sí que no es lo que manda la ley!

Santiago llama al gran mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos *la ley regia*. Eso puede querer decir varias cosas. Puede querer decir que es *la ley de suprema excelencia*; o que es *la ley dada por el Rey de reyes; o la reina de todas las leyes; o la ley que hace reyes a los hombres y que es digna de reyes*. El cumplir esa ley suprema es llegar a ser

rey de uno mismo y un rey entre los demás. Es una ley diseñada para los que tienen una dignidad regia, y que se la confiere a las personas.

Santiago prosigue estableciendo un gran principio acerca de la ley de Dios. El quebrantar cualquier parte de ella es ser un transgresor. Los judíos solían considerar la ley como una serie de mandamientos independientes. El guardar uno era adquirir un crédito; el quebrantarlo era incurrir en una deuda. Uno podía sumar los que guardaba y restar los que desobedecía, y tener un balance positivo o negativo. Había un dicho rabínico: «Al que sólo cumple una ley, se le asigna una cosa buena; se le alarga la vida, y heredará la tierra.» También muchos rabinos mantenían que «El sábado pesa más que todos los demás preceptos;» por tanto, el que guardaba el sábado era como si hubiera cumplido toda la ley.

Santiago veía que *la totalidad de la ley* era la voluntad de Dios; el quebrantar cualquiera de sus partes era infringir esa voluntad y, por tanto, cometer un pecado. Eso no cabe duda de que es cierto. El quebrantar cualquier parte de la ley es ser un transgresor en principio. Hasta bajo las leyes humanas, uno es considerado culpable cuando ha incumplido una ley determinada. Así es que Santiago colige: «No importa lo bueno que seas en otras áreas; si haces discriminación cuando tratas a las personas, has actuado contra la voluntad de Dios y has quebrantado Su ley.»

Hay aquí una gran verdad que es pertinente y práctica. Podemos expresarla más sencillamente. Uno puede ser en casi , todos los sentidos una buena persona; pero se puede echar a perder sólo por una falta. Puede que sea moral en sus acciones, puro en su conversación, meticoloso en su religión; pero, si es rígido y antipático, intolerante y creído, eso echa a perder todas sus virtudes.

Haríamos bien en recordar que, aunque pretendamos haber hecho muchas buenas obras y haber resistido muchas malas influencias, puede que haya algo en nosotros que estropea todo lo demás.

LA LEY DE LA LIBERTAD Y DE LA MISERICORDIA

Santiago 2:12-13

Hablad y obrad como los que habéis de ser juzgados bajo la ley de la libertad. Porque el que obra sin misericordia se enfrentará con un juicio sin misericordia. La misericordia triunfa sobre el juicio.

A1 llegar al final de esta sección, Santiago les recuerda a sus lectores dos grandes hechos de la vida cristiana.

(i) El cristiano vive bajo la ley de la libertad, y es de acuerdo con ella como se le juzgará. Lo que quiere decir es lo siguiente. A1 contrario que los fariseos y los judíos ortodoxos, el cristiano no es una persona cuya vida se rija por las presiones exteriores de toda una serie de reglas y de normas que se le imponen desde fuera, sino por la obligación interior del amor. Sigue el buen camino, que es el del amor a Dios y a sus semejantes, no porque se lo imponga ninguna ley externa o porque le aterre la amenaza de los castigos, sino porque el amor de Cristo que tiene en el corazón le hace desearlo.

(ii) El cristiano debe tener siempre presente que sólo el que tiene misericordia encontrará misericordia. Este es un principio de se encuentra en toda la Sagrada Escritura. Ben Sirá escribía: «Perdónale a tu prójimo el perjuicio que te ha causado, para que también a ti se te perdonen tus pecados. Una persona le tiene odio a otra; ¿y busca el perdón de Dios? No tiene misericordia de uno que es como él, ¿y pide perdón por sus propios pecados?» (*Eclesiástico 28:2-5*). Jesús decía: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (*Mateo 5:7*). «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no les perdonáis sus ofensas a vuestros semejantes, tampoco vuestro Padre os perdonará las vuestras» (*Mateo 6:14s*). «No juzguéis, y no se os someterá a juicio; porque el

juicio que se os aplicará será el que hayáis pronunciado vosotros» (*Mateo 7:1 s*). Y también nos cuenta Jesús la sentencia condenatoria que le cayó al siervo que se negó a perdonar a su consero, aunque su Amo le había perdonado a él una deuda mucho mayor; y termina la parábola diciendo: «Eso es lo que os hará vuestro Padre celestial a cada uno de vosotros si no perdonáis de corazón a vuestro hermano» (*Mateo 18:22-35*).

La enseñanza de la Escritura es unánime en el sentido de que, el que quiera que se tenga misericordia de él, deberá tenerla de sus semejantes. Y Santiago llega aún más lejos: porque acaba diciendo que la misericordia triunfa en el juicio; con lo que quiere decir que el Día del Juicio, el que haya tenido misericordia verá que su misericordia ha llegado hasta a borrar sus propios pecados.

LA FE Y LAS OBRAS

Santiago 2:14-26

Hermanos míos: ¿Para qué sirve el que uno pretenda tener fe si no lo demuestra con obras? ¿Es que una fe a secas puede salvar a alguien? Si un hermano o una hermana no tienen qué ponerse, o no tienen lo necesario para mantenerse de día en día, y uno de vosotros les dice: «¡Vete en paz, y que te calientes y alimentes!», pero no los ayuda con lo que necesitan para su existencia, ¿qué provecho reporta una actitud así? Pues eso es lo que pasa cuando la fe no produce obras que se vean; en sí misma es una cosa muerta.

Pero a esto dirá alguien: «¿Y tú tienes fe?» Y mi respuesta es: «Tengo obras. Enséñame tu fe independientemente de las obras, que yo te enseñaré mi fe por medio de mis obras. Tú dices que crees que hay Dios. ¡Excelente! Eso también lo creen los demonios... y se mueren de miedo.»

¿Necesitas una prueba, cabeza de chorlito, de que la fe sin obras no sirve para nada? ¿Es que nuestro padre Abraham no demostró su integridad en virtud de obras, cuando estuvo dispuesto a ofrecer a su propio hijo Isaac en el altar? Ya ves hasta qué punto su fe cooperaba con sus obras, y que su fe llegó a su plenitud en las obras, haciéndose así realidad el pasaje de la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y eso se le contó como integridad, porque era amigo de Dios.» Ya ves que es en las obras como una persona demuestra que es cabal, y no sólo por la fe.

Y lo mismo Rahab, la prostituta, ¿no demostró que estaba de parte de Dios cuando acogió a los mensajeros y luego los envió por otro camino?

Y es que, como un cuerpo que no respira está muerto, así una fe que no produce obras está muerta.

Este es un pasaje que debemos tomar en conjunto antes de estudiarlo por partes, porque se usa muy a menudo para demostrar que Santiago y Pablo no estaban de acuerdo. Se supone que Pablo hace hincapié en que somos salvos por la fe sola, y que las obras no cuentan para nada en el proceso salvífico. «Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley» (*Romanos 3:28*). «...sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo... por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado» (*Gálatas 2:16*). A veces se afirma que Santiago, no sólo difiere de Pablo, sino que le contradice abiertamente. Esta, es una cuestión que debemos investigar.

(i) Empezamos por advertir que el punto de vista de Santiago es el de todo el Nuevo Testamento en general. Juan el Bautista predicaba que la gente tenía que demostrar la autenticidad de su arrepentimiento con la excelencia de sus obras (*Mateo 3:8; Lucas 3:8*). Jesús predicaba que había que vivir de tal manera que el mundo viera las buenas obras de Sus seguidores y dar la gloria a Dios (*Mateo 5:16*). Insistía en que

a las personas se las conocía por sus frutos lo mismo que a los árboles, y que una fe que no se manifiesta nada más que de palabra nunca podría tomar el lugar de la que se expresa haciendo la voluntad de Dios (*Mateo 7:15-21*).

Tampoco echamos de menos este énfasis en el mismo Pablo. Aparte de todo lo demás, pocos maestros habrán habido que hayan hecho más hincapié que él en el efecto ético del Evangelio. Por muy doctrinales y teológicas que nos parezcan sus cartas, no dejan nunca de terminar con una sección en la que se insiste en las obras como la expresión de la fe cristiana. Aparte de esa su general costumbre, Pablo expresa repetidas veces la importancia que asigna a las obras como parte de la vida cristiana. Habla del Dios Que «pagará a cada uno conforme a sus obras» (*Romanos 2:6*). Insiste en que «cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (*Romanos 14:12*). Exhorta a todos a despojarse de las obras de las tinieblas y vestirse las armas de la luz (*Romanos 13:12*). «Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (*1 Corintios 3:8*). «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o malo» (*2 Corintios 5:10*). El cristiano se ha despojado del viejo hombre con sus hechos (*Colosenses 3:9*).

El hecho de que el Cristianismo se tiene que demostrar con hechos es una parte esencial de la fe cristiana según todo el Nuevo Testamento.

(ii) Pero el hecho es que Santiago sigue pareciendo como si no estuviera de acuerdo con Pablo; porque, a pesar de todo lo que ya hemos dicho, Pablo hace hincapié especialmente en la gracia y la fe, mientras que Santiago lo hace sobre la acción y las obras. Pero hay que decir una cosa: lo que Santiago ridiculiza no es el paulinismo, sino una perversión de él. La posición esencialmente paulina se contiene en la frase: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (*Hechos 16: 31*). Pero está claro que el sentido que adscribamos a esta demanda dependerá totalmente del que le demos a *creer*. Hay dos maneras de creer.

(a) Hay una manera de creer que es puramente intelectual. Por ejemplo: yo creo que el cuadrado de la hipotenusa en un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los dos catetos; y si se me exigiera, podría demostrarlo; pero no tiene la más mínima influencia en mi vida: lo acepto, pero no tiene ningún efecto en mí.

(b) Y hay otra manera de creer. Yo creo que cinco y cinco suman diez y, por tanto, me niego a pagar más de diez pesetas por dos chupa-chups que cuestan cinco cada uno. Llevo esa convicción; no sólo en la mente, sino a la vida y la acción.

A lo que Santiago se opone es a la clase de creencia que consiste en aceptar un hecho sin dejarle que tenga la más mínima influencia en nuestra vida. Los demonios también están convencidos intelectualmente de la existencia de Dios; de hecho, hasta tiemblan de miedo cuando piensan en Él; pero su creencia no los cambia en lo más mínimo. Para Pablo creer en Jesucristo quería decir llevar esa fe a cada porción de la vida, y vivir de acuerdo con ella.

Es fácil tergiversar el paulinismo y castrar *la fe* de todo su valor efectivo; pero no es realmente el paulinismo, sino una forma malentendida de él lo que Santiago ridiculiza. Condena la profesión sin la práctica, y con esa condenación Pablo habría estado totalmente de acuerdo.

(iii) Aun concediendo eso, aún se advierte una diferencia entre Santiago y Pablo: *empezaron en diferentes momentos de la vida cristiana*. Pablo empieza *por el principio*. Insiste en que nadie puede nunca ganarse el perdón de Dios. El primer paso es el que da la soberana gracia de Dios; una persona no puede hacer más que aceptar el perdón que Dios ofrece en Jesucristo.

Santiago empieza mucho más tarde, *por el que ha hecho profesión de cristiano*, por la persona que confiesa haber recibido ya el perdón y encontrarse en una nueva relación con Dios. Tal persona, dice Santiago con toda la razón, debe vivir una nueva vida, porque es una nueva criatura. Ha sido *justificada*; ahora debe demostrar que está *santificada*.

El hecho es que nadie se puede salvar por las obras; pero es igualmente cierto que nadie se puede salvar sin producir obras. Con mucho la mejor analogía es la de un gran amor humano. El que se sabe amado está seguro de que no ha podido merecer esa dicha; pero también está seguro de que debe pasar la vida tratando de ser digno de ese amor.

La diferencia entre Santiago y Pablo depende de su punto de partida. Pablo empieza por el gran hecho básico del perdón de Dios que nadie puede merecer o ganar; Santiago empieza por el que es ya cristiano, e insiste en que debe demostrar que lo es en sus obras. No somos salvos *por* hacer las obras; somos salvos *para* hacer las obras; estas son las verdades gemelas de la vida cristiana. Pablo insiste en la primera, y Santiago en la segunda. De hecho, no se contradicen, sino se complementan; y el mensaje de ambos es esencial a la fe cristiana en su forma más plena. Como decía Lutero: «La fe salva sin obras; pero la fe que salva va siempre seguida de obras.»

PROFESIÓN Y PRÁCTICA

Santiago 2:14-17

Hermanos míos: ¿Para qué sirve el que uno pretenda tener fe si no lo demuestra con obras? ¿Es que una fe a secas puede salvar a alguien? Si un hermano o una hermana no tienen qué ponerse, o no tienen lo necesario para mantenerse de día en día, y uno de vosotros les dice: «¡Vete en paz, y que te calientes y alimentos!», pero no los ayuda con lo que necesitan para su existencia, ¿qué provecho reporta una actitud así? Pues eso es lo que pasa cuando la fe no produce obras que se vean; en sí misma es una cosa muerta.

Lo que Santiago no puede soportar es la profesión sin la práctica, las palabras sin acciones. Escoge una ilustración muy

clara de lo que quiere decir. Supongamos que hay uno que no 'tiene ni ropa que ponerse ni alimento que llevarse a la boca; y supongamos que tiene un supuesto amigo que le expresa su identificación con su difícil situación, pero lo hace sólo con palabras y sin hacer el más mínimo esfuerzo para aliviar la necesidad de su desafortunado amigo, ¿qué utilidad tiene una actitud así? ¿Para qué sirve una compasión que no pasa a la ayuda práctica? La fe sin obras es una cosa muerta. Este es un pasaje que tendría sentido especialmente para los judíos.

(i) Para un judío, la limosna tenía una importancia suprema. Tanto era así que se usaba la misma palabra para limosna y para justicia o integridad. La limosna se consideraba como la única defensa de una persona cuando Dios la juzgara. < El agua apaga un fuego llameante -escribe Ben Sirá-; y la limosna hace expiación por el pecado» (*Eclesiástico 3:30*). En *Tobías* leemos: «Todos los que practiquen la limosna verán el rostro de Dios, como está escrito: "Contemplaré Tu rostro gracias a la limosna"» (*Tobías 4:8-10*). Cuando los líderes de la iglesia de Jerusalén dieron su conformidad a que Pablo se dirigiera a los gentiles, la única condición que le pusieron fue que no se olvidaran de los pobres (*Gálatas 2:10*). Esta insistencia en la ayuda práctica era una de las grandes y buenas señales de la piedad judía.

(ii) 'Había una tendencia en la religiosidad griega a la que esta insistencia en la compasión y la limosna resultarla extraña. Los estoicos tendían a la *apatheía*, la total carencia de sentimientos. La finalidad de la vida era la serenidad. La emoción disturba la serenidad. El camino a la perfecta calma era la supresión de toda emoción> La piedad era una mera alteración de la distante calma filosófica en la que uno debería proponerse vivir. Así, Epicteto establece que sólo el que desobedece los mandamientos divinos sentirá alguna vez lástima o piedad (*Discursos 3:24, 43*). Cuando Virgilio (en las *Geórgicas 2:498*) hace el retrato del hombre perfectamente feliz, menciona que no tiene piedad de los pobres, ni compasión de los afligidos; porque tales emociones desequilibrarían su serenidad. Esa

actitud es la opuesta a la judía. Para los estoicos, la bienaventuranza consistía en mantenerse arropado en su propia calma filosófica y desconectada; para los judíos quería decir involucrarse voluntaria y activamente en las desgracias ajenas.

(iii) En su planteamiento de este asunto, Santiago es profundamente correcto. No hay nada más peligroso que la experiencia repetida de una emoción sutil que no conduce a la acción. Es un hecho que cada vez que uno siente un noble impulso y no lo lleva a la práctica se hace menos probable el que llegue nunca a realizarlo. En cierto sentido es cierto que nadie tiene derecho a sentir compasión a menos que por lo menos haga lo posible por concretarla en acción. Una emoción no es nada, en lo que nos podamos regodear; sino algo que, al precio del esfuerzo, la disciplina y el sacrificio, debe convertirse en la misma sustancia de la vida.

NO «UNA U OTRA», SINO «LAS DOS COSAS»

Santiago 2:18-19

Pero a esto dirá alguien: «¿Y tú tienes fe?» Y mi respuesta es: «Tengo obras. Enséñame tu fe separada de las obras, que yo te enseñaré mi fe por medio de mis obras. Tú dices que crees que hay Dios. ¡Excelente! Eso también lo creen los demonios... y se mueren de miedo.»

Santiago está pensando en un posible objetor que le dice: «La fe está muy bien; pero también las obras están muy bien. Las dos cosas son manifestaciones genuinas de la actitud verdaderamente religiosa. Pero no le es necesario a una sola persona el tener las dos cosas. Uno tendrá fe, y otro tendrá obras. Así que, está bien; tú sigue con tus obras, y yo seguiré con mi fe; y los dos somos sinceros a nuestra manera.» El punto de vista del objetores que la fe y las obras son distintas

alternativas en la expresión de la religión cristiana. Pero Santiago no admitiría eso. No es cosa de o fe u obras, sino por necesidad de *tanto* fe coreo obras.

Desgraciadamente, el Cristianismo se les presenta falsamente a muchos como una cuestión de o.: o, cuando la realidad es que es *tanto... como*.

(i) En una vida bien equilibrada debe haber *pensamiento* y *acción*: Es corriente y tentador el pensar que uno es *un pensador*, o *un hombre de acción*. El pensador se sienta en su despacho considerando las grandes cuestiones; el hombre de acción sale a la calle a hacerlo que puede: Pero eso no es cierto: El pensador no es más que medio hombre a menos que traduzca sus pensamientos a acciones. No llegará ni a inspirar al hombre de acción a menos que salga de su torre de marfil y se meta en la liza con él. Como decía Antonio Machado:

¿Tu vedad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla. ¡La tuya, guárdetela!

Ni tampoco puede ser uno un hombre de acción si no ha pensado los grandes principios en los que se inspiran y basan las obras:

(ii) En una vida bien equilibrada debe haber *oración* y *esfuerzo*. También aquí existe la tentación a dividir los santos en dos categorías: los que se pasan la vida retirados del mundanal ruido, de rodillas y en constante devoción, y los currantes que se meten en el polvo y el barro y el calor del día. Pero eso no vale. Se dice que Martín Lutero era muy amigo de otro fraile que estaba tan convencido como él de la necesidad de la Reforma; y llegaron a un acuerdo: Lutero se metería en el mundo a pelear allí, y el otro se quedaría en su celda rezando por el éxito de las labores de Lutero. Pero una noche, el otro fraile tuvo un sueño: Vio a un segador solitario arrojando la tarea imposible de segar él solo todo un campo inmenso. El segador solitario volvió la cabeza y el fraile le reconoció como

Martín Lutero; y reconoció que tenía que salir de su celda e ir en su ayuda. Desde luego, es cierto que hay algunos que, por causa de la salud o de la edad, no pueden hacer más que orar, y sus oraciones son necesarias y eficaces. Pero, si una persona normal cree que la oración puede ocupar el lugar del esfuerzo y el riesgo, su vida de oración puede que sea simplemente una forma de evasión. La oración y el esfuerzo deben ir codo con codo.

(iii) En una vida bien equilibrada debe haber fe y obras. *Es solamente en las obras como se muestra y demuestra la fe; y es solamente por la fe como se emprenderán y realizarán las obras. La fe no puede por menos de rebosar en la acción, y la acción empieza sólo cuando una persona tiene fe en alguna gran causa o en algún gran principio que Dios le presenta.*

LA PRUEBA DE LA FE

Santiago 2:20-26

¿Necesitas una prueba, cabeza de chorlito, de que la fe sin obras no sirve para nada? ¿Es que nuestro padre Abraham no demostró su integridad en virtud de obras, cuando estuvo dispuesto a ofrecer su propio hijo Isaac en el altar? Ya ves hasta qué punto su fe cooperaba con sus obras, y que su fe llegó a su plenitud en las obras, haciéndose así realidad el pasaje de la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y eso se le contó como integridad, porque era amigo de Dios.» Ya ves que es en las obras como una persona demuestra que es cabal, y no sólo por la fe.

Y lo mismo Rahab, la prostituta, ¿no demostró que estaba de parte de Dios cuando acogió a los mensajeros y luego los envió por otro camino?

Y es que, como un cuerpo que no respira está muerto, así una fe que no produce obras está muerta.

Santiago presenta dos ilustraciones del punto de vista en el que está insistiendo. Abraham es el gran ejemplo de la fe, pero patentizó su fe cuando estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo único Isaac cuando entendió que Dios se lo demandaba. Rahab, por otra parte, era una figura famosa en las leyendas judías. Dio refugio a los espías israelitas que habían ido a observar la Tierra Prometida (*Josué 2:1-21*). La leyenda posterior dijo que Rahab se hizo prosélita de la fe judía, que se casó con Josué y que fue una antepasada directa de muchos sacerdotes y profetas; entre ellos Ezequiel y Jeremías. Fue el trato que les dio a los espías lo que demostró que tenía fe.

Tanto Pablo como Santiago tienen razón aquí. Si Abraham no hubiera tenido fe, no habría respondido a las llamadas de Dios. Si Rahab no hubiera tenido fe, nunca habría corrido el riesgo de comprometer su futuro con la suerte de Israel. Pero también, si Abraham no hubiera estado dispuesto a obedecer a Dios hasta lo último, su fe habría sido irreal; y a menos que Rahab hubiera estado dispuesta a arriesgarse a ayudar a los espías israelitas indefensos, su fe habría sido inútil.

Estos dos ejemplos demuestran que la fe y las obras no son actitudes opuestas; de hecho, son inseparables. Ninguna persona se sentirá nunca movida a la acción si no tiene fe; y su fe no será genuina a menos que la mueva a la acción. La fe y las obras son los dos lados de la moneda que representa nuestra experiencia de Dios.

EL PELIGRO DEL MAESTRO

Santiago 3:1

Hermanos míos, sería una equivocación el que muchos de vosotros os hicierais maestros, porque debéis daros cuenta de que los que enseñamos estamos expuestos a recibir una condenación más severa.

Los maestros tenían una importancia de primer orden en la Iglesia Primitiva. Siempre que se los menciona, es con honor. En la iglesia de Antioquía se los equipara a los profetas, y juntos mandaron a Pablo y Bernabé a su primer viajes misionero (*Hechos 13:1*). En la lista que nos da Pablo de los que tenían un ministerio importante en la Iglesia se los menciona a continuación de los apóstoles y los profetas (1 *Corintios 12:28*; . cp. *Efesios 4:11*). Los apóstoles y los profetas eran ministerios itinerantes. Su campo era toda la Iglesia; y no se quedaban mucho tiempo en cada congregación. Pero los maestros tenían un ministerio local; estaban adscritos a una congregación, y su suprema importancia dependía del hecho de que era a ellos a los que correspondía instruir y edificar a los convertidos en las verdades del Evangelio. A ellos les correspondía la responsabilidad decisiva de poner el sello de su fe y conocimientos en los que llegaban a la iglesia.

En el Nuevo Testamento mismo tenemos atisbos de maestros que fallaron en su responsabilidad y se convirtieron en falsos maestros. Había maestros que trataban de hacer del Evangelio una especie de judaísmo, y trataban de introducir la circuncisión y la observancia de la ley del Antiguo Testamento (*Hechos 15:24*). Había maestros que no vivían nada de la verdad que enseñaban, cuya conducta estaba en contradicción con su instrucción y que no hacían más que deshonestar la fe que representaban (*Romanos 2:17-29*). Había algunos que trataban de enseñar antes de llegar ellos mismos a saber nada (1 *Timoteo 1:6s*); y otros que no querían más que satisfacer los deseos vanos de la gente (2 *Timoteo 4:3*).

Pero, aparte de los falsos maestros, Santiago está convencido de que la enseñanza es una ocupación peligrosa. Su instrumento es la palabra, y su agente, la lengua. Ropes dice que Santiago se preocupa de advertir < la responsabilidad de los maestros y lo peligroso del instrumento que tienen que usar.>

El maestro cristiano entraba en posesión de una herencia peligrosa; tomaba el lugar de los rabinos judíos. Hubo muchos rabinos sabios y santos; pero los rabinos recibían un trato que

podía arruinar el carácter de cualquiera. Rabí quería decir < mi Grande.> Dondequiera que iba se le trataba con el máximo respeto. Se decía que las obligaciones que se tenían con un rabino excedían a las que se tenían con un padre, porque a los padres se debe la existencia en este mundo, pero a los rabinos en el mundo venidero. Hasta se decía que si fueran apresados por el enemigo los padres y el maestro de una persona, esta tenía obligación de rescatar en primer lugar a su maestro. Es verdad que a los rabinos no se les permitía recibir dinero por su enseñanza y que se suponía que se ganaba la vida trabajando en su oficio secular; pero se creía igualmente que era especialmente meritorio y piadoso el mantener a un rabino. Era tremendamente fácil para un rabino convertirse en la clase de persona que Jesús describía: un tirano espiritual, un traficante en la piedad, un enamorado de las distinciones y de que se le mostrara un respeto servil en público (*Mateo 23:4-7*). Cualquiera maestro corría peligro de convertirse en < el Señor Oráculo.> No hay profesión más propensa a general orgullo intelectual y espiritual.

Hay dos peligros que deben evitar los maestros. En virtud de su ministerio puede que le corresponda enseñar a los que son más jóvenes de edad o en la fe. Por tanto, debe esforzarse en evitar dos cosas. Debe asegurarse de que está enseñando la verdad y no sus propias opiniones y aun prejuicios. Es fatalmente fácil para un maestro el tergiversar la verdad y enseñar, no la versión de Dios, sino la suya propia. Debe tener mucho cuidado de no contradecir sus enseñanzas con su vida; de no caer en el < Haced lo que yo os digo, pero no lo que yo hago.> Como decían los rabinos judíos: < No el aprendizaje, sino la puesta por obra es la base, y el que multiplica las palabras multiplica el pecado.> (*Dichos de los padres 1:18*).

La advertencia de Santiago es que el maestro ha entrado voluntariamente en una posición especial; y está, por tanto, en peligro de una mayor condenación si falla. Las personas a las que Santiago estaba escribiendo codiciaban el prestigio del maestro; Santiago les recuerda su responsabilidad.

EL PELIGRO UNIVERSAL

Santiago 3:2

Hay muchas cosas en que todos resbalamos; si hay alguien que no resbale con la lengua, es un tipo perfecto capaz de llevar las riendas de todo su cuerpo.

Santiago concreta dos ideas que estaban entrelazadas en la literatura y el pensamiento judíos.

(i) No hay persona en el mundo que no cometa ningún pecado. La palabra que usa Santiago quiere decir literalmente *resbalar*: «La vida -decía el gran marino Lord Fisher- está regada de cáscaras de plátano.» El pecado muchas veces no es deliberado, sino el resultado de un resbalón que nos ha pillado desprevenidos. La universalidad del pecado aparece en toda la Biblia. «Nadie es justo, ni siquiera uno -cita Pablo-; porque todos hemos pecado y hemos perdido la gloria de Dios» (*Romanos 3:10, 23*). «Si decimos que no hemos pecado -dice Juan- nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros» (1 *Juan 1:8*). No hay ninguno en la Tierra que sea justo, que haga siempre el bien y que no peque nunca», decía el Predicador (*Eclesiastés 7:20*). «No hay nadie -dice un sabio judío- entre todos los nacidos que nunca haya obrado con maldad; y aun entre los fieles, no hay nadie que no haya obrado imperfectamente» (2 *Esdras 8:35*). No cabe el orgullo en la vida humana, porque hay ser humano en la Tierra que no tenga ningún defecto del que avergonzarse. Hasta los escritores paganos tienen la misma conciencia de pecado. «Es propio de la naturaleza humana el pecar, tanto en la vida privada como en la pública», decía Tucídides (3:45). «Todos nosotros pecamos -decía Séneca-; unos con más malicia, y otros más a la ligera (*Sobre la clemencia 1:6*).

(ii) No hay pecado en el que sea más fácil caer ni de peores consecuencias que los pecados de la lengua. También esta idea se encuentra entrelazada en el pensamiento judío. Jesús nos ha

advertido que tendremos que dar cuenta de toda palabra ociosa 'que se nos escape. «Por tus palabras se te exculpará o se te inculpará» (*Mateo 12: 36s*). «Una respuesta suave aplaca la ira, pero la expresión áspera la provoca... Una lengua gentil es como un árbol de vida; pero una perversa quebranta el espíritu» (*Proverbios 15:1-4*).

De todos los sabios judíos, Jesús Ben Sirá, el autor del *Eclesiástico*, era el que más impresionado estaba con las potencialidades aterradoras de la lengua. «La honra y la vergüenza están en la conversación; y en la lengua del hombre está su caída. Que no se diga que eres chismoso, ni aceches con la lengua; porque como al ladrón le espera una vergüenza difamante, así también una mala condenación al de doble lengua... No te conviertas en enemigo en vez de en amigo; porque si no heredarás mala fama, vergüenza y reproches; eso es lo que le pasa al pecador que tiene una doble lengua» (*Eclesiástico 5:13 - 6:1*). «Bendito sea el hombre que no resbala con la boca» (14:1). «¿Quién es aquel que no ha ofendido con la lengua?» (19:15). «¿Quién le pondrá guarda a mi boca, y un sello de sabiduría a mis labios, para que no caiga de repente por su culpa, y mi propia lengua me destruya?» (22:27).

Tiene un pasaje extenso que es tan noble y apasionado que vale la pena citarlo completo:

¡Maldito sea el murmurador y el de doble lengua! Porque han destruido a muchos que vivían en paz. Una lengua de víbora ha robado la tranquilidad a muchos, desterrándolos de nación en nación; ha derribado fuertes ciudades, y arrasado las casas de grandes hombres. Ha descuartizado las fuerzas del pueblo, y destrozado naciones fuertes. Una lengua viperina ha desechado a mujeres virtuosas, privándolas de sus labores. Quienquiera que le preste atención, no conocerá el reposo, ni vivirá nunca ya tranquilo, ni tendrá un amigo a quien pueda confiarse. El latigazo deja una cicatriz en el cuerpo; pero el golpe que se da con la lengua